

LOS PARTISANOS
DE ÁFRICA



REAPROPIARSE DEL
MUNDO RURAL

ALIMENTACIÓN,
DE ESENCIAL
A RADICAL



NÚM. 38
VERANO 2020

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

La revista es un espacio colectivo integrado por:

- ▶ Amigos de la Tierra
- ▶ Campo Adentro
- ▶ Cátedra de Agroecología Universidad de Vic
- ▶ Cátedra Tierra Ciudadana Universitat Politècnica de València
- ▶ CERAI
- ▶ COCEDER
- ▶ Colectivo Lantxurda Taldea
- ▶ Asociación El Colletero
- ▶ Commonspolis
- ▶ Ecologistas en Acción
- ▶ Entrepueblos
- ▶ La Fàbrica, SCCL
- ▶ Fundación Entretantos
- ▶ Garúa
- ▶ GRAIN
- ▶ Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB) Universitat Autònoma de Barcelona
- ▶ Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. Universidade de Vigo
- ▶ Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- ▶ Justicia Alimentaria Global
- ▶ Iniciativa Comunes
- ▶ Loxanet
- ▶ La Magrana Vallesana
- ▶ Menjadors ecològics
- ▶ Mundubat
- ▶ Observatorio para una Cultura del Territorio
- ▶ OSALA
- ▶ Plataforma per la Sobirania Alimentària del País Valencià
- ▶ Postgrau de Dinamització Local Agroecològica Universitat Autònoma de Barcelona
- ▶ Raiels SCCL
- ▶ Red Agroecológica de Lavapiés
- ▶ Red de Semillas
- ▶ Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- ▶ Sindicato Labrego Galego
- ▶ Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- ▶ Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato

Estamos en un proceso interno de cambios con el fin de visibilizar mejor las alianzas que en estos años de trayectoria hemos ido construyendo. En los próximos números veréis ampliarse esta lista.

Si quieres que tu colectivo se sume, contáctanos.

PORTADA

Bitxo

Bitxo dibuja, pinta, cose, planta su comida, intenta tocar el acordeón, cría a sus dos peques, pasea por los bosques y a veces tatúa. Dibuja todas esas cosas que habitan entre los espacios donde se rozan los mundos. Errores bonitos, monstruos salvajes, acumulaciones de pelos, bestias desobedientes, jaurías de animales delirantes, cuerpos caóticos y especies híbridas.

Web: bitxo.es

MATERIAL GRÁFICO

Comando Forquilla Ganivet

La etimología describe el alimento como el medio para nutrir, para hacer crecer. Confundidas nosotras, todas, que llegamos a creer que se trataba simplemente de ingerir cualquier bollo, al menor costo, en el menor tiempo posible. En el Comando Forquilla Ganivet hablamos de mimar la mar y nutrir la tierra que nos facilitan los alimentos, de nutrir desde nuestro tracto digestivo todas nuestras funciones vitales y la vitalidad de los vínculos entre comensales, hablamos de la mano que ofrece y de la que recoge. Para estos tiempos de pandemia, cultura alimentaria y alimento cultural.

Instagram: @comandoforquillaganivet

Twitter: @comandoganivet

AGRADECIMIENTOS

Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarla tal y como ha quedado: Erik Hobbelink, Irene García Roces y el colectivo Varagaña, Sarai Fariñas, Stéphanie Chiron, todas las participantes en la red agroecofem, Fundación Mundubat, Clara y la Cooperativa La Zarzosa, APAEMA (Associació de la Producció Agrària Ecològica de Mallorca).

ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO FINANCIERO DE:



Ajuntament de Barcelona
Justícia Global i Cooperació
Internacional



Fundación Rosa Luxemburgo
Oficina de enlace de Madrid

Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.

El contenido es responsabilidad exclusiva de quienes firman los textos y no refleja necesariamente la opinión de las entidades financiadoras



NÚM.38 # VERANO 2020

COMITÉ EDITORIAL

Paul Nicholson
Jerónimo Aguado Martínez
Henk Hobbelink
Belén Verdugo Martín
Marta G. Rivera Ferre
Fernando Fernández Such
Carlos Vicente
Blanca Ruibal
Clara Grier
Mariola Olcina
Leticia Toledo

EDITA

El Pa Sencer SCCL:
Patricia Dopazo
Gustavo Duch
Carles Soler
Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL

c/ Girona 25, principal
08010 Barcelona

www.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

f revistasoberaniaalimentaria

@revistaSABC

RevistaSoberaniaAlimentaria

revistasoberaniaalimentaria

Depósito Legal B-13957-2010
ISSN 2013-7567



Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de **soberanía alimentaria**. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un **mundo rural vivo**.

EDITORIAL

Alimentación, de esencial a radical 4

AMASANDO LA REALIDAD

¿Nos ayudará el virus a organizarnos?
Verónica Sánchez 6

Conversatorio: «El sistema alimentario no se puede transformar si no se transforman los modos de vida cotidianos»
Revista SABC 9

Hacia una aldea cosmopolita responsable de la naturaleza
Jaime Izquierdo 14

La alimentación en el centro para transformarlo todo
Marta Soler Montiel 17

Plan de choque para la agricultura y la ganadería balear en tiempos de COVID-19
Fernando Fernández Such 21

Reapropiarse del mundo rural
La Truja Negra 25

Soberanía rural
Gustavo Duch 28

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

La transformación del (eco)sistema alimentario
Figas Galiana 30

«Seguimos siendo las mujeres quienes lideramos aquello que protege más»
Amal El Mohammadiane Tarbift 32

Breves 37

EN PIE DE ESPIGA

Sobre alimentación, mediación e industria cultural
Marcia Tiburi 39

#SOScampesinado
Mirene Begiristain, Patricia Dopazo, Jessica Milgroom,
Isabel Álvarez, Elisa Oteros, Marta Rivera, Marina Di Masso 42

VISITAS DE CAMPO

Los partisanos de África
Julio Ocampo 45

Plagas de langostas
Kenyan Peasants League y GRAIN 49

Campesinos construyendo paz
Francesco Facchini 52

PALABRA DE CAMPO

Abonados con poetas
Jeromo Aguado 56

Tormenta miercolina, tormenta de nueve días
Luismi Galán 58

Alimentación, de esencial a radical

¿Qué pasaría en ese complejo entramado que es la economía global actual si cada territorio situara la alimentación en el centro? Esto supondría hacerse cargo de ella colectivamente, reorganizando el sistema alimentario en función de las características de cada lugar, pero también responsabilizarse de la alimentación en lo individual de forma generalizada e incondicional: darle el valor que tiene para la vida, reaprender sus ciclos, disfrutar de sus procesos, apreciar y cuidar lo que la hace posible y sostener entre todas el motor de una nueva economía. No permitir que los alimentos sirvieran para enriquecer a unos pocos, minimizar sus viajes y los insumos externos para su producción, controlar la alimentación desde abajo, haría que los pilares de la economía capitalista se estremecieran y se agrietaran.

En este número nos hemos situado en ese escenario futuro y nos hemos preguntado qué ha hecho falta para llegar. No hemos podido hacer la lista completa, pero nos hemos aproximado a aspectos clave, como el papel fundamental de lo rural en este camino, la vuelta a la comunidad, la necesidad de políticas públicas valientes

o la importancia de un cambio cultural profundamente ligado al cambio material. Muchas de estas acciones y procesos ya están sucediendo y puede que quienes leáis estas líneas estéis protagonizando estas transformaciones en vuestros territorios.

Partimos de una reflexión crítica de quienes dedican su vida a construir a contracorriente un sistema alimentario radical. ¿Nos ayudará el virus a organizarnos?, esa es la pregunta que trata de responder Livi: «nuestras propuestas deben replicarse, pero se encuentran en encrucijadas múltiples, todas ellas son acuciantes». Ser capaces de evaluar sin censura lo que hemos construido, de aprender de los errores, de incorporar nuevas miradas, puede ser un buen lugar desde donde comenzar.

Reunimos las voces de jóvenes que construyen comunidad defendiendo el medio rural, de quien lleva años estudiando las dinámicas de las aldeas, de expertas en agroecología, municipalismo y economía feminista, de activistas por los derechos laborales de las temporeras y de responsables de políticas públicas con experiencias interesantes



que compartir. Pensamos que en sus reflexiones, y en las que seguro que provocarán, están los ingredientes necesarios para continuar un camino de transformación que ahora es más urgente que nunca.

En las visitas de campo nos aproximamos a la situación que vive el campesinado en África Oriental y en Colombia, donde la mayor preocupación no es la COVID-19, sino los conflictos armados, los monocultivos y las plagas que arrasan con las formas de subsistencia, todo ello íntimamente relacionado con el sistema alimentario industrial. Y también visitamos la cooperativa Barikamà, cerca de Roma, puesta en marcha por un grupo de extemporeros de origen africano y gracias a la cual han conseguido dignidad, autonomía y algo parecido a ser felices.

En los contenidos que venimos compartiendo en estos diez años de trayectoria, nos ha preocupado siempre la necesidad de complejizar los argumentos, de interpelarnos, de acabar con las verdades universales, con las recetas y con las dicotomías. Otro objetivo, quizá más reciente, es ser capaces de encontrar la calma desde donde cuestionar, decidir y actuar. Por eso, después de estos meses en que el equipo de la revista hemos vivido de primera mano los peores efectos de la crisis sanitaria, nos parece especialmente apropiada la portada que, nos consta, Bitxo disfrutó tanto haciendo. Encontremos esa calma en medio de tanto ruido. ●

Verónica Sánchez

¿Nos ayudará el virus a organizarnos?

REFLEXIONES SOBRE LOS DESAFÍOS DE LA CRISIS DE LA COVID-19 Y DE OTRAS TANTAS

Muy bien, podemos estar contentas. Ya nos han dado la razón a quienes desde hace décadas actuábamos desde el convencimiento de que la organización de la alimentación y los cuidados en las sociedades occidentales es insostenible, indeseable e insegura para la tierra y sus habitantes, y que generaría crisis que harían sufrir muy especialmente a las personas y especies más vulnerables. Y ¿ahora qué? ¿Estamos preparadas para afrontar el reto? ¿Venceremos en las narrativas; pero pincharemos, una vez más, en la práctica?

Pongamos un ejemplo cercano a mí: Asturias, que en la década de 1960 producía el 80 % de sus alimentos. En 2017, solo un 2 % de los alimentos distribuidos en Mercasturias era de origen local. Un 73,4 % de nuestra alimentación, como mínimo, viene de la gran distribución (MAPA 2019). Estamos hablando de una región en cuyo paisaje aún es perfectamente posible distinguir las huellas de un agroecosistema diversificado. El desmantelamiento del mundo rural ha acarreado el desplome de la producción local de alimentos.

Tenemos un plan perfecto, se llama soberanía alimentaria, pero estamos muy lejos de conseguirlo.

Las encrucijadas de la producción de alimentos

La crisis de la COVID-19 y las medidas que se implantaron durante el estado de alarma ignoran un hecho clave: muchos de los proyectos agroecológicos no comercializamos mediante la gran distribución, sino por canales cortos (grupos de consumo, mercados, etc.), que son los que pagan un precio justo. El gran impacto del movimiento

de resistencia que bajo el lema #SOScampesinado iniciaron las redes agroecofeministas durante las semanas de confinamiento dan buena muestra de la vitalidad del movimiento agroecológico en el Estado, de la implicación de las personas consumidoras y las redes, y muestran que los movimientos sociales son los que más se organizan y apoyan a quienes producen y transforman alimentos.

Los proyectos agroecológicos aportan algo absolutamente fundamental: alimentos sanos y producidos de manera sostenible. En este sistema de precios feroz, hay dos condiciones *sine qua non* para garantizar nuestra existencia: el papel de las consumidoras al retribuir ese trabajo y el papel de los movimientos agroecológicos al articular y ser el altavoz de nuestras demandas políticas; esto nos permite sobrevivir en esta sociedad y hace posible que nuestra voz, la de las productoras, llegue a lugares donde nosotras pocas veces podemos llegar.

Las pequeñas productoras del Norte global no podemos perder ni un día, a veces ni un minuto, en organizarnos: es necesario montar invernaderos, sembrar, cuidar, pelearse con burocracias absurdas, hacer cestas o facturas en medio de una lucha por

salir adelante que se asemeja más a atravesar cada día un huracán que a las hermosas postales que idealizan el campo.

Pobreza y clase en la producción de alimentos

Además, sabemos que, si ampliamos la mirada, las condiciones de vida de las personas que trabajan la tierra en todo el mundo son de pobreza, a veces extrema, y que una inmensa mayoría de ellas son mujeres.

En Asturias, los problemas de viabilidad económica que los pequeños proyectos de tipo agroecológico atraviesan de manera casi permanente hacen que, en la práctica, se trate de personas trabajadoras pobres o muy pobres produciendo para una clientela que, en comparación con ellas, es rica.¹

Dice la escritora y activista bell hooks que en el desarrollo del feminismo en Estados Unidos en los años 60 y 70, una parte de las feministas, mayoritariamente blancas y de clase media, consiguió tener una vida más o menos libre de la dependencia de los hombres, gracias a cierto poder adquisitivo, cierto individualismo, un poco de gueto... Eso permitía que esas mujeres pudiesen, en su vida privada, disfrutar de un "estilo de vida feminista", relacionándose casi en exclusiva con personas afines. Sin embargo, señala hooks, este estilo de vida no genera mejoras para aquellas mujeres menos privilegiadas que en sus comunidades no pueden aislarse de comportamientos patriarcales.

Ocurre algo parecido en el movimiento agroecológico: es mucho más fácil generar cambios en nuestros entornos cercanos, por ejemplo, transformando las prácticas de consumo de alimentos, que generar propuestas que lleguen a las personas para quienes comer es un reto suficientemente grande como para plantearse cuestiones como la calidad o las condiciones de producción del alimento, para quienes *agroecología* y *soberanía alimentaria* son palabras extrañas.

El entorno que tanto la agroecología como el feminismo pretende transformar es tan hostil que a veces logra encerrar ambas propuestas en guetos, no sin intentos continuos por parte de sus protagonistas de salir de él.

1. García Rocas, Irene (2019) *Diagnóstico de necesidades de iniciativas del sector agroecológico en Asturias*. Disponible en https://a48cd2f2-2561-41a8-9783-87fd627886ae.filesusr.com/ugd/6e8616_22dc672e307546e089396418c3e38a31.pdf



Reunión de proyectos agroecológicos de Asturias para la organización de un sello participativo. Foto: Gerard Nierga

Hay que señalar que esto no es así, ni mucho menos, de manera general en el mundo. En muchos países del Sur global la propuesta de la soberanía alimentaria está vinculada a las comunidades más pobres, como es el caso del MST en Brasil.

Vivir de la producción agroecológica: la cuadratura del círculo

Dentro de las múltiples presiones que sufrimos cada día, es más fácil organizar nuestro trabajo con alguien cercano que generar propuestas organizativas más amplias que puedan aspirar a alimentar a la población menos privilegiada. A veces, parece que solo llegamos a convertir la agroecología en un estilo de vida y renunciamos, tal vez por agotamiento, a una parte importante de lo que nos trajo aquí: su capacidad transformadora.

Esta precariedad implica no pocos problemas en la articulación de las redes agroecológicas y sobre todo representa una dificultad muy seria si pensamos en la escalabilidad de la propuesta de la soberanía alimentaria. A pesar de todo el apoyo de un movimiento social y político tan luminoso como es el agroecológico, las productoras siguen siendo muy pocas, y la cantidad de alimentos que aportan, simbólica.

Es incómodo pero necesario hablar de la escalabilidad de la propuesta de la soberanía alimentaria en nuestros territorios. Nos planteamos como objetivo alimentar a la población, mantener y cuidar nuestros agroecosistemas, romper la cadena de explotación y despojo que hoy en día constituye el sistema agroalimentario global, pero nuestros niveles de producción son mínimos, y nuestra situación muy precaria, y mientras sea así no podemos defender nuestra propuesta como una alternativa suficientemente consolidada. No podemos

Producir alimentos es una tarea de cuidados

La producción de alimentos y los cuidados, siendo actividades esenciales tan presentes en esta crisis, no son ejercidas por toda la población. Parece que somos una minoría, a menudo mujeres en situaciones laborales extremadamente precarias, quienes nos encargamos de ello mientras el resto de las personas se dedican a lo «realmente importante».

La desvalorización de los cuidados de la salud, pero también de la alimentación y los territorios, vuelve a ponerse de manifiesto en este escenario concreto. Las personas mayores mueren en residencias y cada vez que esto ocurre desaparece un conocimiento incalculable y, para quienes vivimos en zonas rurales, se pierden saberes que no están escritos en libros ni *pads*, sino vinculados de manera inseparable a la piel del territorio. El desprecio por la vida parece ser un distintivo de nuestro mundo.

Muchas mujeres que hoy en día producen alimentos en proyectos agroecológicos, cuidan también y a veces simultáneamente a sus hijos e hijas. Las mujeres pobres cuidan y producen alimentos en todo el mundo, del sur al norte, de la periferia al centro, de pobres para menos pobres, a costa de su salud y su tiempo de vida, con dobles y triples jornadas.

¿Es posible una producción agroecológica que no contemple la integración de los cuidados dentro y fuera de la propia actividad productiva? No lo creo.

salir ahí a decirle a otra persona: «Ven, dedícate a la agroecología, podrás vivir de ello», porque, en muchos casos, eso no es así. La viabilidad económica tiene una gran importancia estratégica para el desarrollo de la agroecología.

Nuestras propuestas deben replicarse, pero se encuentran en encrucijadas múltiples, todas ellas son acuciantes y alguna de ellas es antigua: en todo el mundo, comunidades campesinas e indígenas resisten al despojo de sus tierras por intereses extractivos, turísticos, inmobiliarios o de agricultura intensiva. Los movimientos de

recampesinización en el Estado español tienen también ese problema: la dificultad de conseguir tierra.

Tomando de nuevo el caso de Asturias, el acceso a la tierra tiene una única vía: la compra, con precios, en general, muy altos. En cambio, hay multitud de terrenos que son propiedad de personas desconectadas de la comunidad originaria, o bien de intereses inmobiliarios o turísticos que hipotecan el futuro de lo que se ha dado en llamar la España vaciada.

Ya sobra decir que hay que organizarse. Tenemos una propuesta, se llama soberanía alimentaria. Tenemos todas las necesidades del mundo, también tenemos razón, territorio en nuestro corazón y muchos frentes abiertos. Pero, pese a todo y por todo eso, hay que organizarse. No tenemos muchas más herramientas a nuestro alcance.

Hay que defender lo público, defender lo común, defender la tierra y los cuidados y, sobre todo, organizarnos si queremos sobrevivir y replicarnos, por el bien de todas. ●

Verónica Sánchez, "Livi"

Socia y trabajadora de la cooperativa agroecológica Kikiricoop S.Coop.

Este escrito no habría sido posible sin la colaboración de Eva Martínez e Irene García Rocas, de la Asociación La Varaña Agroecología y Género.

◀ *La sostenibilidad de la vida es complicada en los proyectos agroecológicos. Foto: Verónica Sánchez.*

conversatorio Revista SABC

«El sistema alimentario no se puede transformar si no se transforman los modos de vida cotidianos»

CONVERSACIÓN CON
AMAIA PÉREZ OROZCO Y ÁNGEL CALLE

¿Cómo podemos dar pasos firmes hacia la soberanía alimentaria que trasciendan las experiencias locales y concretas? Planteamos algunas preguntas en este sentido a dos personas que conectan en su día a día el trabajo activista con el profesional. Amaia Pérez Orozco ha estudiado en profundidad la sostenibilidad de la vida y es un referente en economía feminista, y Ángel Calle es agricultor e investigador sobre bienes comunes y agroecología política.

El actual sistema alimentario ha demostrado su capacidad para degradar los ecosistemas, generar desigualdad y acabar con las formas de vida campesinas, ¿por dónde pensáis que habría que empezar a transformarlo?

Amaia: A mí, desde el feminismo, me parece fundamental empezar poniendo el foco no

solo en cómo nos aprovisionamos, sino en cómo transformar desde los hogares en sentido amplio. Entendería la alimentación como una de las dimensiones clave de los cuidados que necesita ser reconstruida en lo cotidiano. El sistema alimentario no se puede transformar si no se transforman los modos de vida cotidianos. Por ejemplo, no habría que ver la alimentación como algo a lo que dedicamos

tiempo perdido, sino tiempo que es tarea de vida. Reorganizar la alimentación es reconstruir los tiempos de vida. Hay gente que no puede comer agroecológico por carencia de recursos, porque hay un problema de pobreza alimentaria, sin lugar a dudas. Pero creo que, para la mayoría, el problema es más bien de prioridades; es clave decidir en qué y cómo distribuir el tiempo y los ingresos. Desde el feminismo



El concepto de vulnerabilidad se aborda a través de un control experto y de supraestructuras que alejan todavía más nuestra posibilidad de decidir sobre salud, territorio y alimentación.

decimos que hay dimensiones del cuidado cotidiano de la vida que no debemos externalizar, ni tampoco gestionar en soledad, sino hacerlo de una manera más colectiva, de otros modos. La alimentación —cocinar y comer— es una de las fundamentales. Quienes tienen que tomar conciencia son los hombres. En la dimensión de la cocina es donde se mantiene una mayor desigualdad.

Ángel: Coincido en que hay unos modos de vida que tendríamos que alterar. Las personas y las estructuras están encajonadas en tres patas: la primera son los modos de vida en los que hay un control de tiempo, donde tienes que estar constantemente circulando para que la producción, sobre todo monetaria, se siga manteniendo. Eso genera desigualdades de género, de clase, entre lo rural y lo urbano... La segunda es la distinción entre alimentación y comida, considerando esta un producto ingerible que aporta energía, da igual de donde venga. Esta distinción rompe muchos vínculos de lo que significa nuestra alimentación en clave de biodiversidad,

de patrimonio cultural, de nutrientes... La tercera pata de ese triángulo sería el *hardware*. Pienso en el sistema alimentario como un *hardware* esencial que funciona de forma autónoma a favor del negocio de la comida y de la globalización alimentaria, y que ha impedido, por ejemplo, que la producción y la distribución a pequeña escala puedan posicionarse como referentes en la crisis del coronavirus.

La crisis sanitaria ha visibilizado nuestra vulnerabilidad. ¿Cómo hacemos de ello una oportunidad para transformar la sociedad en clave ecofeminista?

Ángel: Por una parte, lo veo como una oportunidad, porque la gente sí ve esa necesidad de afectos y vínculos, incluso del derecho a tener derechos. Por eso, ningún partido político ha sido capaz de oponerse a la aprobación del ingreso mínimo vital en el Congreso. Sin embargo, se sigue sin conectar todo ello con la naturaleza. Sobre la COVID-19 ha primado siempre la economía: la central nuclear de Almaraz se

ha arreglado infringiendo las normas del estado de alarma. Cuando los centros —es decir, las ciudades— lo necesitan, no hay ningún problema en abrir una mina de litio a cielo abierto como se van a abrir a patadas en Extremadura. El concepto de vulnerabilidad se aborda a través de un control experto, de un mayor control del Estado y de supraestructuras que alejan todavía más nuestra posibilidad de decidir sobre temas de salud, territorio y alimentación. Para mí, esta oportunidad pasaría por que asumiéramos desde políticas concretas la vulnerabilidad y la interdependencia, pero ¿ahí vamos ganando o nos están goleando?

Amaia: Ver la vulnerabilidad colectiva e individual es un paso fundamental, pero te puede llevar a sitios muy distintos, dependiendo de lo que pongamos encima de la mesa. Te puede llevar al miedo, a encerrarte con tu familia nuclear y pedir ese Estado protector vigilante. Depende de cómo se plante, el discurso ecologista-colapsista corre el riesgo de alimentar este miedo. La otra cara es que vernos vulnerables va unido a sentirnos interdependientes ya que nos necesitamos mutuamente y necesitamos la naturaleza. Y esa conciencia puede ayudar a construir cultura de cuidado mutuo y a reconstruir nuestra forma de estar en el ecosistema. A mí me alucina un poco que cuando se han vaciado de harina y levadura los supermercados nadie se haya preguntado de dónde salen; parece que llegan por arte de magia. Me pregunto si no deberíamos tener un mayor acercamiento al proceso de producción de alimentos porque es el típico trabajo que

se vuelve invisible, no sabes lo que cuesta, los conocimientos que supone, ni el significado que tiene, y no construyes un vínculo con la tierra ni con el trabajo que se hace con ella. Hay mucha gente que vive en el campo que también está muy alejada, pero quienes vivimos en la ciudad ni te cuento. Ahora es un momento en el que podemos plantear estas cuestiones. Vamos hacia un proceso de relocalización no deseada sino impuesta debido al pico del petróleo y a que a nivel global pueden pasar «cosas raras». La pregunta es si lo vamos a controlar y en qué términos se da esa relocalización.

¿Qué se puede hacer para que esa relocalización sea justa? Imaginad que podéis formar parte de la construcción de esa transición, ¿por dónde empezaríais?

Ángel: Hay políticas que son muy fáciles de implantar, como la compra pública o no firmar más tratados internacionales de comercio en alimentación. A pesar del discurso verde, la economía sigue yendo por delante, pero puede haber tratados que lo prohíban. Si la alimentación es algo esencial, ¿por qué no podemos regular la gran distribución alimentaria igual que regulamos las farmacias? Son elementos que van en la dirección de cambiar el *hardware*. En esa relocalización, desde el ámbito municipalista, podríamos reinventar una serie de normas, principios y presupuestos, porque es un ámbito con mucha potencialidad. La UE acaba de aprobar un fondo de 40.000 millones para una transición energética hacia

la descarbonización. Cuando quieren, hay dinero. Y también lo podrían dedicar a promover una agroecología orientada a las regiones de Europa. Sin embargo, no lo contemplan dentro de ese fondo porque se supone que para eso ya está la PAC... Para ayudar a esa relocalización justa, habría que situar la producción de alimentos en el corazón de los presupuestos y de las agendas, pero esto no sucede. Propuestas hay, pero falta el marco político, normativo y presupuestario.

Amaia: Yo, como medidas concretas, propondría, dentro y fuera de las instituciones, mesas descentralizadas de debate democrático sobre cuáles son los trabajos socialmente necesarios. ¿En qué condiciones se dan y en qué manos están? Por ejemplo, si la energía es socialmente necesaria, el problema es que esté en manos de Iberdrola. Hay que hablar de las condiciones en que los vamos a reconocer y valorar, porque me parece un problema enorme que la valoración se quede en los aplausos. Todo esto, además, tiene una fuerte carga heteropatriarcal. Hay distintos modelos de heroísmo. Están los héroes a los que se les puede poner estatuas, individuales y masculinizados; y luego hay una figura mucho más feminizada

La construcción de una cultura del cuidado mutuo solo puede darse si nos conocemos y, para conocernos, todo tiene que estar más cerca.

y colectiva, donde no se ven sujetos concretos sino masas. Son las «pseudoheroínas inmoldadas», a las que aplaudimos, pero luego caen inmediatamente en el vacío. Me parece fundamental pensar propuestas para desmercantilizar y colectivizar la organización de estos trabajos. Todo este cúmulo de cosas las discutiría colectivamente



Ángel Calle



Amaia Pérez Orozco

alimentaria no se va a llegar con regulaciones y control social, ya que exige un saber contextualizado. Yo pienso en una visión más comarcalizada o biorregionalizada de los sistemas agroalimentarios, donde proveedores y mercados locales se definan como infraestructuras esenciales.

Por ejemplo, si estás en una ciudad y quieres comer carne, ¿cuánta carne puedes comer?, ¿dónde están tus mataderos?, ¿dónde están tus pastos? El derecho a la alimentación debería sostenerse en esas redes en las que el cuidado está en el centro y la gente no ve la alimentación como comida, sino que se preocupa de esa producción cercana y quienes producen se sienten cuidados en la autoestima, en los precios... Es algo que se tendrá que dar de abajo arriba. Por arriba, ciertamente, debemos detener la barbarie del avance de la gran distribución, pero el motor del cambio tiene que empezar desde abajo. Si lleváramos esa esencialidad y ese cuidado compartido a todos los espacios que transitamos y todo el mundo se preocupara de que de una siembra saludable llegue un alimento saludable al cuerpo, quizá podríamos torpedear muchas cosas que están ahora bloqueadas, por ejemplo, temas de género y hogar donde hay una matriz de reproducción de micropoderes tan fuerte. Pero hay unas élites que obedecen a lógicas de capital y que están

apostando muy fuerte por que sea muy difícil dismantelar ese campo de emancipación; en su lugar, han puesto un campo de minas. Las estructuras políticas que se suponen emancipadoras (partidos políticos, sindicalismos...) están muy lejos de recoger ese sentir rural, feminista, ese protagonismo social, esa radicalización de la democracia.

Amaia: La alimentación puede ser otro de los lugares privilegiados para entender que un mundo construido en torno al ánimo de lucro de los pocos que dominan los procesos de acumulación es un mundo suicida en términos colectivos, porque considera la vida como algo a explotar. Hay muchas formas de poner coto al ánimo de lucro, como la fiscalidad y el apoyo a la economía social transformadora. Hay formas de regular los mercados, políticas salariales... Con todo ello podemos redistribuir el dinero, pero también los recursos más materiales. Me parece fundamental expropiar suelo; por ejemplo, aquí, en Euskal Herria las tierras afectadas por el tren de alta velocidad y todos esos solares vacíos en las ciudades que son materia de especulación deberían ponerse a disponibilidad de la producción campesina y/o agroecológica. Apostaría también por una regularización extraordinaria e incondicional de la gente que trabaja en el campo.

Todo lo que estáis diciendo tiene un componente muy fuerte de cambio cultural. Vivimos en una sociedad donde se imponen formas de vida urbanas. ¿Cuán importante pensáis

que es desurbanizar los estilos de vida? ¿Cómo acercamos lo urbano y lo rural?

Amaia: Es un cambio cultural, pero es profundamente material también porque implica cómo repartimos lo que tenemos: tiempo, recursos monetarios, suelo... Lo cultural y lo material van muy vinculados. Con esa dimensión urbana, creo que tenemos un problema social profundo. Además, a los movimientos sociales nos cuesta mucho cuestionar la dimensión urbanocéntrica del sistema que criticamos. Colocar el urbanocentrismo como una de las dimensiones centrales del sistema que queremos romper, creo que es fundamental. Pero desde la perspectiva feminista también nos encontramos con aquello de «pueblo chico, infierno grande». El despoblamiento rural también buscaba mayores espacios de libertad. El control social heteropatriarcal, especialmente sobre los cuerpos, lo estamos poniendo poco en el centro de atención. Hay muchos proyectos agroecológicos que son muy heteronormativos y son proyectos poco sugerentes para muchas mujeres. Sobre acercar lo urbano y lo rural, también en la alimentación tenemos una oportunidad. La alimentación no empieza en el súper, pero tampoco se acaba cuando llega a casa, y creo que a veces desde la agroecología parece que todo acaba cuando te aprovisionas de productos agroecológicos. Después de eso, ¿qué sucede?, ¿quién gestiona, cocina y limpia? Hay que pensar en cerrar esos circuitos en sentido amplio también en términos vitales. En esa reivindicación de trabajos invisibilizados puede haber una

A los movimientos sociales nos cuesta mucho cuestionar la dimensión urbanocéntrica del sistema que criticamos.

conexión fuerte entre el feminismo urbano y el feminismo rural.

Ángel: Quienes creemos en la soberanía alimentaria tenemos una responsabilidad hacia dentro por nuestra dificultad para la articulación, debemos tejer un discurso y unas prácticas que no sean tan urbanizadas y urbanizantes. Creo que el ecofeminismo tiene un potencial enorme para entroncar con la parte tradicional del medio rural que hay que rescatar, como por ejemplo las fuertes redes comunitarias, la idea de cooperativismo que se aplica a todo (la fiesta del pueblo, el trabajo, las semillas...). Hay que sacar lo bueno de ahí, quitarle la parte más folklorizante de la que la ultraderecha se ha aprovechado y visibilizar la comunidad frente a la vulnerabilidad y esa esencialidad de la alimentación que tienen los pueblos. Hay tres C que son fundamentales y creo que están más próximas en el medio rural y en el feminismo: ese espíritu de cooperación que, para mí, es la base de la agroecología, cerrar ciclos y basarnos en una política de cuidados, es decir, cuidar cuerpos, cuidar vínculos, cuidar la casa. Tenemos

que ensanchar ese presente de experiencias.

Amaia: A mí no deja de sorprenderme cómo tenemos de idealizados los otros feminismos (negros, islámicos, comunitarios...), pero vemos poco el feminismo campesino de aquí. Yo creo que para esa articulación urbano-rural sería fundamental más diálogo. Ya se habla de *agroekofeminismo*, donde puede haber más espacios de conocimiento y de contacto. Lo que pasa es que si solo miramos a la dimensión de la producción, parece que solo hay unas que producen y otras que consumen, y ahí hay una ruptura importante. Mientras que si lo miramos pensando en cerrar el ciclo alimentario, que implica producir, distribuir, aprovisionarse, cocinar, limpiar, asegurarse de que todo el mundo está con capacidad de comer... en resumen, de reproducir vida, ahí estamos todas involucradas. ●

► Ilustración para el texto
Confesiones de una voyeur
de huertos, del Comando
Forquilla Ganivet



Jaime Izquierdo

HACIA UNA ALDEA COSMOPOLITA RESPONSABLE DE LA NATURALEZA

Los dos grandes hábitats creados por la humanidad, la aldea y la ciudad, viven tiempos de zozobra. La aldea, perdida en la memoria, abandonada y tratada como un trasto inútil; y la ciudad, hipertrofiada, pervertida por el productivismo, malcriada por el capital y asfixiada por la prisa, se ha convertido en un enorme artefacto de pensamiento totalitario y hegemónico en el que se ha embarcado la humanidad como opción preferente de vida.

La aldea como factor de seguridad

La aldea es una estructura protourbana, anterior por tanto a la ciudad y responsable de su advenimiento, cuya función esencial e irrenunciable radicaba en la gestión del territorio al que se vinculaba y que realizaba de forma organizada, regular y autorregulada, sometida a los procesos agroecológicos locales y limitada por el determinismo de los recursos renovables del entorno. Combinando unas tecnologías, las más de las veces orgánicas, con una cultura endógena creó un sistema estable de provisión de alimentos y energías para abastecer a la comunidad y

comerciar los excedentes en los mercados urbanos de proximidad a los que abastecía.

Era, además, y ante todo, la más acreditada gestora local de la naturaleza que, utilizando la cultura vernácula, creó el campo, un territorio de naturaleza doméstica desde el que aprendió a dialogar con la naturaleza silvestre. Manejó las claves para conservar a ambas —doméstica y silvestre— por los siglos de los siglos hasta que el pensamiento y la ciencia industrial, productivista o conservacionista, la apartaron de sus funciones. Los acontecimientos económicos del siglo xx en Europa provocaron la quiebra de la aldea y el final

Apoyar la autonomía
aldeana implica una cesión
de responsabilidades desde
los gobiernos.

del campesinado. La ciencia y la política industrial la acusaron injusta y presuntuosamente de ignorante, supersticiosa y atrasada.

Muy pocas voces salieron en su defensa ante el tsunami de la ciudad industrial. Entre ellas, la más preclara fue la de Lewis Mumford que en 1961 escribió: «Las aldeas están funcionalmente más próximas a su prototipo neolítico que a las metrópolis que han empezado a absorberlas hacia sus órbitas y a minar su antiguo modo de vida. Tan pronto como permitamos que la aldea desaparezca, este antiguo factor de seguridad se desvanecerá. La humanidad todavía tiene que reconocer este peligro y eludirlo». Esa advertencia de Mumford ha cobrado especial relevancia durante estos meses de pandemia e inseguridad urbana.

La ciudad, por su parte, fue el espacio donde la ciencia, las artes y las tecnologías inorgánicas alcanzaron su máximo esplendor. Desde su fundación hasta la Revolución Industrial, la ciudad había mantenido una relación simbiótica, cotidiana y familiar con el campo a través de un camino de ida y vuelta que unía la tierra —la naturaleza aldeana— con el mercado urbano, un espacio noble situado en el mismo corazón de la urbe. Hoy esa relación está rota y se hace preciso recomponerla.

Dos tareas se abren ante nosotros para este tiempo de reconstrucción: la integración agroecológica de la periferia agraria en el futuro de las ciudades —especialmente en las medianas y pequeñas— y la rehabilitación de los pueblos pequeños y aldeas. Para la ciudad, poner en marcha planes integrales de soberanía alimentaria y gestión integral de las zonas verdes que orlan la urbe; y para la aldea, dotarla de acceso a la comunicación telemática y poner en marcha la rehabilitación de su sistema agroecológico local.

Reactivar soberanías locales

Como aldea cosmopolita, entendemos aquella que retoma su función de gestora y conservadora de la naturaleza y se relaciona con el resto del mundo a partir de la concertación entre sus tres componentes esenciales: el biológico —conjunto de especies y variedades domésticas y silvestres—, el cultural —conjunto de conocimientos y saberes recogidos en el cosmos, corpus y praxis local y los aportados por los nuevos tiempos— y el social —la comunidad aldeana y sus fórmulas de cohesión, cuidados y organización— que constituyen el armazón y sin los cuales la aldea no es viable y no puede desarrollar la función histórica que le es propia.

Sin estrategia, plan y gestión organizada, no hay viabilidad para la aldea. La estrategia aldeana es la herramienta que le permite anticiparse a los acontecimientos y ponerlos de su lado. Para que la estrategia despliegue toda su potencialidad, debe ser acertada y aceptada; es decir, pertinente y ajustada a las realidades y deseos de la comunidad y de todos sus miembros. Y para ello, para que la estrategia sea y se sienta como propia, lo mejor es que la elabore la comunidad aldeana desde la aldea, para la aldea y por la aldea.

En la medida que la aldea es una estructura orgánica nacida de la relación entre la naturaleza y la cultura humana, que dio como origen al campo y creó unas estructuras físicas, protocolos de trabajo, calendarios laborales, instrumentos o tecnologías y que en la actualidad se encuentra en riesgo de extinción, necesita reinventarse sabiendo que «ningún perfeccionamiento orgánico es posible sin una reorganización de sus procesos, funciones y propósitos», tal como nos recuerda Lewis Mumford.

Marta Soler Montiel

Nuestros paisajes rurales no son ni espacios, ni naturales; son mayoritariamente territorios de naturaleza campesina.

Será necesario aumentar la autonomía aldeana ya desde el principio, en la fase de diseño de su estrategia, apoyándola para que tanto el diseño del plan como su gestión sean eficientes y cumplan las expectativas. Apoyar la autonomía aldeana implica una cesión de responsabilidades desde los gobiernos.

Aumentar la autonomía pasa por dotarla de atributos para que cumpla una función de interés para el conjunto de la sociedad y para ella misma, que ha sido pactada en la propia aldea y aceptada como pertinente por las instituciones territoriales de mayor rango competencial. Si quiere acertar en el diseño de su estrategia, debería seguir la recomendación de Marcel Proust: «Soyez vous-même, c'est votre seule opportunité d'être original» (sé tú mismo, es tu única oportunidad de ser original).

La aldea es el territorio de la naturaleza campesina

El campesino, dice el arquitecto paisajista portugués Henrique Pereira, «é um animal [racional, por supuesto] de clareiras» o, lo que es lo mismo, las comunidades campesinas en esa perspectiva ecológica histórica hicieron y mantuvieron claros en los bosques para vivir y darles otra vida, creando una segunda naturaleza y un nuevo ecotono que, por lo general, contribuyó al aumento de la biodiversidad y a la estabilidad del sistema territorial. Nuestros paisajes rurales no son ni espacios, ni naturales; son mayoritariamente territorios de naturaleza campesina, ahora abandonados, que conviven con el riesgo de incendio. Sin el concurso de las aldeas no podremos gestionar el medio rural, de ahí su importancia estratégica.

Inicié el artículo con la advertencia de Mumford sobre el valor de la aldea. Y lo voy a terminar con lo que dejó escrito en *El arte general de granjerías* un aldeano reconvertido a fraile, natural de La Riera, en el concejo asturiano de Colunga, que en 1711 definió lo que ahora llamamos «desarrollo sostenible». Decía fray Toribio de Santo Tomás y Pumarada: «La conservación de una cosa es su continua producción, y se reputa el conservar por lo mismo que producir, y lo mismo es estar conservando una cosa que estarla siempre produciendo».

Leyendo a fray Toribio podemos llegar al convencimiento de que las reflexiones teóricas actuales sobre la sostenibilidad, la economía circular, la biotecnología, la formación agraria, el reciclaje, el ciclo del carbono, las energías renovables o la conservación de la naturaleza formaban parte de la práctica cotidiana de la aldea. Esos saberes ecológicos estaban engarzados en un elaborado y complejo sistema de pensamiento sistémico y local de transmisión oral y fueron desmontadas por el pensamiento analítico urbanocéntrico e industrial. De ahí el interés en recuperarlos para que nos ayuden a rescatar la ciudad para hacerla agropolitana y para devolverle a la aldea sus atributos históricos y reforzarla con la posibilidad, inédita hasta ahora, de convertirse en cosmopolita. ●

Jaime Izquierdo

El título y el contenido de este artículo están basados en el libro *La ciudad agropolitana*. La aldea cosmopolita, de Jaime Izquierdo, publicado por KRK Ediciones. Oviedo, 2019.

La alimentación en el centro para transformarlo TODO

La crisis del coronavirus nos ha recordado que la agricultura es una actividad esencial y, a la vez, nos muestra las vulnerabilidades de nuestro abastecimiento alimentario en una economía globalizada atrofiada de tanto crecer. Para rearticular en lo local la economía y en especial la alimentación, necesitamos revisar nuestras creencias, valorar y visibilizar, para que florezcan, las alternativas agroalimentarias que están construyendo una economía arraigada en los territorios con justicia social y ambiental. ¿Cómo lo hacemos?

Creer para morir: el círculo vicioso de las exportaciones agroalimentarias

En las últimas décadas, una parte del sector agroganadero local se ha modernizado y se ha insertado en las cadenas globales de valor con una creciente orientación agroexportadora. Esta dinámica, lejos de hacerle ganar valor añadido, lo ha sumido en una profunda crisis económica que se expresó en las manifestaciones del otoño de 2019. Invirtiendo en tecnologías que implicaban costes crecientes además de impactos ambientales, el sector agroganadero, incluida una parte importante de la agricultura familiar, no ha dejado de aumentar sus producciones y sus exportaciones. Sin embargo, Europa vive desde hace décadas un problema estructural de excedentes que empobrece y expulsa a quienes trabajan en el campo. Recordemos que los excedentes han costado mucho dinero a la Unión Europea en el pasado llegando a tener que financiar su destrucción o subvencionar sus exportaciones contribuyendo, paradójicamente, al hundimiento de los precios internacionales. Sin duda, también han

contribuido a ello la liberalización de los precios agrarios que han impulsado los acuerdos internacionales de libre comercio y la adaptación a los mismos de las últimas reformas de la PAC.

Deberíamos empezar a comprender que la defensa de la orientación exportadora de nuestra agricultura no es una solución sino un círculo vicioso que nos debilita: invertir en profundizar la mecanización y la digitalización agraria implica nuevos costes para aumentar aún más producciones que generan nuevas reducciones de precios pese a los intentos de diferenciación en calidad. Exportamos cada vez más e importamos también más alimentos, lo que nos hace crecientemente dependientes de los mercados internacionales. A la vez, se reducen en número las fincas y aumenta su tamaño, en una dinámica de crecer o morir que termina siendo de crecer para morir. Estos procesos generan fuertes impactos ambientales que están destruyendo nuestra capacidad futura de alimentarnos: creciente consumo de energía tanto en la producción como en el transporte de los alimentos; pérdida de fertilidad del suelo y de

◀ Ilustración para el texto «¡Arriba las manos, esto es un mercado!», del Comando Forquilla Ganivet.



biodiversidad, como en el caso de los monocultivos del olivar andaluz; contaminación y agotamiento de los acuíferos, como en los invernaderos de hortalizas en Almería o de la fresa en Huelva; ganadería intensiva con fuerte contribución al cambio climático que desestabiliza la economía de la ganadería extensiva y de las dehesas, por ejemplo, las macrogranjas porcinas, etc. A ello se unen la reducción del empleo y la degradación de las condiciones laborales en el campo, en especial para la mano de obra asalariada jornalera, mucha inmigrante pero también local.

¿Realmente debemos seguir promoviendo las exportaciones agroalimentarias para intentar compensar el déficit de la balanza de pagos y la factura energética? ¿No sería una solución más estratégica relocalizar y reterritorializar una parte creciente de nuestra producción alimentaria y también industrial, incluida la de material sanitario, y moderar así las vulnerabilidades socioeconómicas de una crisis como la actual? ¿No deberíamos, además, bajar el consumo de energía asociado al transporte a larga distancia de los alimentos y otros bienes necesarios para poder mitigar el cambio climático y la crisis energética? Ese es el debate hoy: es necesario y urgente que las prioridades cambien.

Rearticular en lo local los sistemas agroalimentarios: ¿cómo lo hacemos?

Disminuir el número de fincas y aumentar la escala y la intensificación, rebajando la mano de obra y dañando el medio ambiente nos hace vulnerables: ¿no tendría más sentido mantener e incluso aumentar el número de fincas, reduciendo la escala, defender el empleo agroganadero, eliminar excedentes, y orientar las producciones prioritariamente a los mercados locales con criterios de calidad, sostenibilidad y justicia social?

Una parte del sector agroganadero europeo, hombres y muchas mujeres del campo, está desarrollando ya desde hace décadas nuevas estrategias de reducción de insumos, actualizando saberes tradicionales para el rediseño de los agroecosistemas con innovadores criterios agroecológicos. También están diversificando sus producciones con estrategias multifuncionales, defendiendo los mercados locales y abriendo canales de comercialización en alianza con nuevos agentes rurales y urbanos, representantes de una sociedad activa y comprometida. ¿Qué racionalidad económica necesitamos que guíe a los hombres y las mujeres del campo?: ¿maximizar beneficios y producciones, minimizar el empleo entendido como un coste o generar autonomía

económica manejando la biodiversidad con conocimiento campesino y defender un modo de vida con una ética del cuidado? ¿Qué racionalidad económica necesitamos que guíe nuestros hábitos alimentarios?: ¿supermercados desconectados de los límites de la naturaleza o el cuidado y la justicia socioambiental? Todavía tenemos una agricultura familiar y cooperativa campesina que trabaja la tierra cuidándola como modo de vida, buscando la estabilidad y la autonomía, generando vínculos de vida cotidiana con las gentes de sus territorios a quienes alimentan desde la proximidad relacional y física. Este es el sector agroalimentario que necesitamos.

Esta propuesta de soberanía alimentaria no es ni autárquica ni excluyente. Es un cambio de modelo y de prioridades de forma que el comercio internacional sea subsidiario del abastecimiento alimentario y no al revés, primando la proximidad para reducir las vulnerabilidades y la volatilidad de los mercados globales. La crisis del coronavirus nos recuerda que es el momento de preguntarnos hacia dónde caminamos y qué futuro agroalimentario queremos.

Nuevas políticas públicas

Esta transición necesita de políticas públicas a su favor y en este caso debemos poner la atención en la PAC, especialmente ahora que las negociaciones sobre su reforma están abiertas. Toda política pública necesita un modelo de referencia para fijar objetivos y diseñar políticas coherentes y eficaces. La PAC lleva décadas defendiendo formalmente un modelo agrario europeo basado en la multifuncionalidad, la sostenibilidad y la agricultura familiar y cooperativa, pero destinando la mayor parte de las ayudas a explotaciones intensivas agroexportadoras integradas en cadenas globales agroalimentarias. Es el momento de una PAC coherente para la reconversión agroalimentaria que necesitamos.

El debate sobre la PAC no está solo en los instrumentos, ayudas de primer o segundo pilar, sino sobre todo en el para quién y para qué. Estas cuestiones están interrelacionadas porque la forma en que se cultiva, se crían animales y se elaboran alimentos no es solo una cuestión técnica sino también sociocultural, económica y política al mismo tiempo.

Es necesario revertir la actual distribución desigual de fondos agrarios según la cual el 80 % del dinero lo recibe el 20 % de los beneficiarios

de mayores dimensiones. La PAC debe dejar de subvencionar, e incluso comenzar a penalizar, las grandes propiedades de tierras y los modelos intensivos agroexportadores que tienen que iniciar urgentemente su reconversión. Este proceso implicará la destrucción de empleo en las industrias de insumos agrícolas, que tendrán que redirigirse hacia otros sectores del sistema agroalimentario o hacia otro tipo de actividades en un proceso general de reconversión económica y productiva para la mitigación del cambio climático. En todo caso, será necesario que mucha más gente trabaje el campo en un proceso de reagrarización y reruralización de la vida. Para ello las condiciones materiales y simbólicas del trabajo en el campo tienen que cambiar.

La PAC debe concentrar sus fondos en la agricultura y la ganadería a pequeña escala donde predominan el autoempleo y las racionalidades económicas sociales y cooperativas. La profesión agroganadera tiene que dignificarse y las políticas públicas pueden contribuir a garantizar una renta agraria mínima para todo agricultor o agricultora que trabaje la tierra con criterios agroecológicos y genere empleo de calidad. De la misma forma, los derechos laborales y sociales de quienes trabajan en el campo, libres de discriminaciones raciales o de género, deben estar garantizados por el conjunto de la sociedad; la producción de alimentos ha de considerarse un servicio público esencial.



▶ Ilustración para el texto «¡Arriba las manos, esto es un mercado!», del Comando Forquilla Ganivet.

Las políticas públicas deben garantizar una renta agraria estable capaz de atraer a la juventud y en especial a las mujeres a formas agroecológicas de producir alimentos y a la dinamización de mercados locales. Recordemos que los procesos de despoblamiento rural están, en muchos lugares, asociados a la emigración de las mujeres como resultado de la falta de oportunidades para desarrollar un proyecto de vida autónomo en el medio rural. Para ello son necesarias políticas imaginativas y activas de acceso a la tierra para mujeres y jóvenes a través de bancos de tierra y políticas integrales de reforma agraria destinadas a dinamizar nuevos sistemas agroalimentarios locales. Para ello, las políticas públicas, más allá de la PAC, tendrán que financiar unos servicios públicos de asesoramiento agroecológico, con personal técnico formado para ello, articulados con una investigación participativa al servicio de quien trabaje la tierra, transforme alimentos y los comercialice en el ámbito local.

No se trata de subsidiar actividades económicas que no son viables. Por el contrario, se trata de impulsar un cambio en la forma de producir y comercializar alimentos hacia una nueva economía local próspera y estable. Se trata de favorecer una estabilidad que se asienta en una población local que come cotidianamente alimentos saludables de proximidad con precios asequibles y así garantiza unos ingresos estables para productores y productoras locales que practican una agroecología de bajos insumos y costes.

Necesitamos una nueva PAC para colocar la alimentación en el centro y rearticular las economías locales en torno a ella, ayudas para acompañar la reconversión no solo del modo de producir alimentos, sino también de su comercialización y consumo. La compra pública de alimentos locales en escuelas, hospitales, centros de mayores... junto a la dinamización de canales cortos de comercialización y mercados locales tienen que ser políticas públicas generalizadas en los territorios para esta transición en marcha.

La alimentación en el centro

Para colocar la alimentación en el centro y rearticular la economía de nuestros territorios hay que comenzar con un cambio cultural profundo. Necesitamos cuestionarnos los sesgos que se esconden detrás de nuestras miradas hacia lo agrario, lo rural y lo doméstico cuando los vemos como mundos a abandonar, atrasados,

La defensa de la orientación exportadora de nuestra agricultura no es una solución sino un círculo vicioso que nos debilita.

sin valor. Necesitamos cuestionar los relatos que nos impulsan a fortalecer unas dinámicas suicidas con mitos de riqueza, progreso, desarrollo, eficiencia, productividad, competitividad y crecimiento, que en realidad implican daño para las personas y para la naturaleza de la mano de pérdidas de empleo, aumento de las desigualdades sociales, empobrecimiento para la mayoría, en especial para quienes trabajan la tierra, y destrucción de unos recursos naturales imprescindibles para la vida.

Necesitamos miradas nuevas que vean en lo rural el espacio que nos da la vida, territorios llenos de sabiduría, riqueza y belleza que hay que defender. Necesitamos ver y sentir el mundo agrario campesino y agroecológico con el reconocimiento y agradecimiento que merecen quienes nos alimentan sin destruir nuestras posibilidades futuras de vida. Necesitamos disfrutar todos, no solo las mujeres, de nuestras cocinas y nuestra comida diaria como parte del cuidado y del cariño compartido con nuestra gente querida. Los cambios que necesitamos solo podrán venir de la mano de una nueva forma de sentir y mirar el mundo agrario, rural y culinario. Nuestra capacidad actual y futura para alimentarnos es lo que está en juego. Es, sin duda, el momento de plantearnos el futuro hacia el que queremos caminar y comenzar a dar los pasos hacia él.

Marta Soler Montiel

Universidad de Sevilla



Entrega de excedente de producto fresco comprado por la Conselleria con destino a las entidades sociales. Foto: Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació del Govern Balear

PLAN DE CHOQUE PARA LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA BALEAR EN TIEMPOS DE COVID-19

Fernando Fernández Such

Durante la pandemia se ha denunciado la actuación de las administraciones respecto al sector productivo a pequeña escala (prohibición de acudir a huertos de autoconsumo, cierre de mercados de venta directa, etc.); sin embargo, también algunas administraciones han puesto en marcha acciones en clave de soberanía alimentaria que es importante visibilizar. En las islas Baleares encontramos una buena referencia.

Monocultivo turístico e insularidad

El 11 de marzo, a tres días del estallido definitivo de la crisis de la COVID-19, la Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació del Govern Balear presentó ante la Cámara de Comercio el informe *La agricultura y la ganadería balear en la encrucijada*. En él se explica que el monocultivo del turismo en Baleares ha dejado una estructura económica cuyo PIB depende en un 84 % de este sector; y continúa subiéndolo. El sector primario

apenas significa un 0,6 % del PIB, que sumado al sector pesquero y al sector agroalimentario alcanza el 4 %. La insularidad condiciona el reducido tamaño de las explotaciones, la fortísima competencia con otros sectores en el acceso a la tierra o el agua y hace que las redes de comercialización sean extremadamente opacas y funcionen como embudos a la entrada y salida de puerto. Finalmente, la insularidad provoca sobrecostes en la producción que reducen todavía más los

márgenes de beneficio. El resultado es que nuestra renta agraria es un 54 % de la media nacional. Solo por dar un par de ejemplos, el coste de los fertilizantes es un 17,64 % más alto que en la península y los costes de producción de una hectárea de almendro son 138,96 € más caros que en el resto del Estado español. Todo esto justifica un tratamiento diferente para la agricultura y la ganadería insular.

En este contexto estalla la crisis de la COVID-19. Tras la primera batida de consultas a todos los actores y sectores productivos, el primer análisis era evidente. El cierre del canal Horeca (Hostelería, Restauración y Catering), que representa entre un 50 % y un 70 % de las ventas del sector agroalimentario, arrastra de forma brusca al conjunto del sector a una caída.

En una crisis como esta, si el objetivo es apoyar a la gente, hay que ser capaz de levantar la cabeza de la realidad concreta y atender a lo que va sucediendo a nivel ministerial y europeo. Es muy importante que las medidas que se decide poner en marcha en la comunidad autónoma se articulen con las del Ministerio de Agricultura y con las oportunidades que va abriendo la Unión Europea.

Medidas para fortalecer el mercado interno

La Conselleria diseñó un Plan de choque para el sector agrario, ganadero, pesquero y agroalimentario de les Illes Balears. Debía estar formado

básicamente por medidas de regulación de mercados y de ordenación de la oferta, ya que conviene recordar que la agricultura y la ganadería son sectores excepcionados por el derecho de competencia en la UE y eso permite plantear medidas de almacenamiento, retiradas de producción, precios de sostén o programas operativos para organizar la oferta.

En primer lugar, y ante el colapso de Horeca, el objetivo era mantener abiertos todos los canales de comercialización existentes y posibles. Se consiguió aprobar una instrucción que permitía que los puestos de alimentación de los 109 mercados semanales siguieran funcionando. De la misma manera, se ha mantenido una relación constante con la gran distribución logrando compromisos que se han visto traducidos en avances muy concretos. Se lanzaron dos líneas de ayuda específicas: la primera, de información y promoción de productos agroalimentarios en el mercado interior, dotada con 467.000 €, y una segunda línea de desarrollo, funcionamiento y promoción de cadenas cortas de comercialización, dotada con 400.000 €. La primera fue financiada con el PDR (Programa de Desarrollo Rural) y la segunda, con el Impuesto de Turismo Sostenible. Ambas dan apoyo y cobertura, además de a las experiencias y proyectos de cadenas cortas que ya existían, a las múltiples iniciativas que en estas semanas han desarrollado cooperativas, organizaciones de productores y asociaciones agrarias para impulsar la

venta a domicilio. Cabe mencionar otras dos grandes actuaciones: el arranque del Observatorio de Precios y de la Cadena Alimentaria, pensado para dar respuesta a las movilizaciones de la campaña Agricultores al Límite, y una campaña de promoción del producto local dirigida al conjunto de la sociedad.

Medidas adecuadas a cada sector

Un segundo gran bloque se dirige al sector de la pesca, que en las islas sigue siendo artesanal en un 80 % y es uno de los que más rápidamente acusó la crisis. Con su dependencia del canal Horeca y el alto precio de sus productos en un momento de mucha incertidumbre para los hogares, era previsible un derrumbe del mercado. Se han arbitrado dos medidas simultáneas. Una primera línea de subvenciones se ha dirigido a mantener las estructuras de comercialización de la pesca que dependen del volumen de las capturas. Se trata de apoyar los gastos de funcionamiento de las dos lonjas y los puntos de primera venta de las islas que dependen de las cofradías de pescadores. La segunda es una línea de préstamos para la liquidez a las embarcaciones pesqueras, de hasta 24.000 euros, que permita mantener la actividad hasta que el Ministerio traslade las normas que ha aprobado la UE en materia de pesca. Estas dos medidas no tendrían efecto si no se hubiera trabajado con la Organización de Productores de Pesca de Mallorca para ordenar las salidas por turnos de las embarcaciones, reduciendo los días de faena cada semana, con el objetivo de no saturar el mercado y evitar que se hundieran los precios. Actualmente, se está evaluando el impacto de las medidas, y los datos muestran que se ha logrado salvar la situación.

Un tercer bloque de medidas se dirige al sector ganadero de carne, ovino, caprino y lechón. La forma de actuar ha sido la misma, se trataba de facilitar el acuerdo, la concertación y el compromiso entre los distintos operadores de la cadena alimentaria con un triple objetivo: controlar la oferta para evitar la caída de precios, promocionar un precio mejor que anime a la compra e involucrar a los mataderos, a las empresas cárnicas y a la asociación de carnicerías. Las medidas que hemos implantado son de dos tipos: en primer lugar, apoyo económico para retirar los corderos de más de 14 kg y lechones de más de 10 kg de peso vivo para almacenamiento en congelación. En segundo lugar, un apoyo por cordero y lechón



Pescador faenando en la bahía de Palma (Mallorca). Foto: Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació del Govern Balear



Viñedo de la Serra de Tramuntana, en la zona norte de la isla de Mallorca. Foto: Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació del Govern Balear

que se sacrifican para la comercialización. Con estas medidas se ha logrado reactivar el mercado y que las canales vayan saliendo al consumo a precios muy positivos. Estas líneas se han complementado con la búsqueda de mercados alternativos.

Es importante tener en cuenta que estas medidas de mercados son complejas y hay que aplicarlas en el momento justo. Deben diseñarse de manera que no desincentiven la comercialización y no se pueden extender por mucho tiempo. Por ejemplo, a pesar de que el vacuno de carne daba señales preocupantes, con paciencia, al final no ha sido necesario intervenir.

Mención aparte merece el funcionamiento del sector lácteo, mucho más complejo por sus características. El operador más importante de Balears

Queso almacenado de la D.O.P Maó (Menorca).

Foto: Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació del Govern Balear



La agricultura y la ganadería son sectores excepcionados por el derecho de competencia en la UE y eso permite plantear medidas de almacenamiento, retiradas de producción, precios de sostén o programas operativos para organizar la oferta.

tiene forma de cooperativa de ganaderos y elabora tanto queso de Maó como leche UHT para el gran consumo. Para que el sector lácteo funcione es muy importante que el conjunto de los actores se mantenga articulado. Si una industria quesera tiene problemas, empieza a reducir la recogida de leche o a bajar el precio, y esto desata una reacción en cadena muy difícil de parar. Estamos operando con la misma lógica. La primera medida fue la ayuda a la retirada de vacas de leche de más de 5 años, lo que reduce el volumen de leche. La segunda consistió en el apoyo a los gastos de funcionamiento de las industrias y operadores lácteos que cubren costes extraordinarios para procesar cuajada o queso, congelar y almacenar producto, pero siempre con el compromiso del cumplimiento de los contratos lácteos; es decir, mantener la recogida de la leche y el precio de contrato. Por último, se tomó una medida de compensación de la renta de ganaderos y ganaderas que se activará en casos puntuales. De hecho, si las industrias y operadores cumplen, y ahora comprobamos que lo han hecho, esta medida de compensación no será necesaria.

Por último, hemos articulado un paquete dirigido al sector de fruta y hortaliza que incluye tanto una medida autonómica de retirada de producto orientado a entidades sociales, como facilidades de negociación entre las Organizaciones de Producción de Frutas y Hortalizas (OPFH) y las grandes superficies para canalizar un mayor

volumen de producto local. Estas medidas se están complementando con el impulso de un proyecto de plataforma conjunta de venta del sector hortofrutícola, en el que se integran todas las OPFH, empresas del sector, SAT y Cooperativas, cuyo objetivo es articular y concentrar los esfuerzos en la fase de la oferta.

Seguimiento y evaluación

Todas las medidas de choque se apoyan de forma externa con una línea específica de crédito para circulante y liquidez de las explotaciones agrarias y ganaderas, y las pequeñas industrias agroalimentarias que cubre la totalidad de los intereses, el aval y los gastos de estudio. Esta línea abierta por la Conselleria d'Agricultura, en coordinación con Hacienda tiene capacidad para cubrir un crédito de hasta 4,5 millones de euros. De nuevo, el trabajo y el compromiso de la Conselleria en facilitar la tramitación de los expedientes y los informes de idoneidad son clave.

Para terminar, es importante mencionar el programa de Compra Pública Alimentaria con destino entidades sociales, dotado con 850.000 euros. Parece mentira que algo tan sensato, haya provocado los mayores quebraderos de cabeza. La cuestión jurídica se ha resuelto finalmente con un acuerdo de gobierno y con un contrato de emergencia. El programa funciona con dos patas; el sector agrario que ha querido presentarse al programa y las entidades sociales que se han acogido a él.

El plan de choque está encauzado, pero no solo hay que dar seguimiento a cada una de las medidas y evaluarlas conforme vayan cerrando. Tenemos prevista una mirada más global con la definición del Plan de Reactivación del Sector Agrario, Pesquero y Agroalimentario, que nos permitirá trabajar en otros sectores como el del aceite de oliva o el del vino y, si es necesario, que funcione como base de trabajo en caso de que la situación pandémica se complique de nuevo.

Sin duda, en este momento, lo que no puedo dejar de pensar es que tan solo hayan pasado tres meses desde aquel 14 de marzo. Veremos lo que nos depara el otoño.

Fernando Fernández Such

Jefe de Gabinete de la Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació Govern de les Illes Balears



El Puig dels Eixuts es una masia del territorio del Lluçanès, en Catalunya, que ha dejado de ser un activo para la especulación bancaria. La Truja Negra es el grupo de jóvenes que la ha ocupado para poner en marcha un proyecto colectivizado de vida rural.

El proceso de industrialización que sufre la tierra y quienes la habitan actúa como agente intrusivo y desvinculador de toda práctica y manera de vivir la ruralidad de forma consciente y consecuente. Así pues, el campesinado y quienes lo rodean se ven inmersos en una constante pérdida y decadencia de los conocimientos que lo forman.

Las nuevas generaciones crecemos en un modelo educativo que ningunea todo conocimiento práctico y nos condena, o bien a una vida ejemplar y elitista, o bien a las miserias de un nuevo trabajo asalariado cada vez más precario. Con todo, ya hace años que se cuece una

moralidad halagada desde las grandes ciudades y la pequeña burguesía: "ganarse una buena vida", que ha desvalorizado y ridiculizado el mundo rural hasta el punto de convertirlo en motivo de burla. En consecuencia, sufrimos un éxodo rural y hay una necesidad y voluntad entre la juventud de ir a buscar en las ciudades todo aquello que, supuestamente, no encontraríamos en los pueblos.

Todo ocurre muy deprisa y las personas nos vemos sometidas, sin darnos cuenta, a un nuevo modelo económico que hace añicos la "libertad" y la autonomía que se vivía en nuestras tierras. A golpe de hipotecas, subvenciones y todo tipo de

apuestas burocráticas, se condenaba el ruralismo a una brutal dependencia de la industria; simultáneamente, la clase obrera se veía forzada a entrar a formar parte de ello para adaptarse a unos ritmos de vida consumista que ni siquiera se habían podido plantear.

En los últimos años, además, se promueve desde las instituciones y la clase media-alta de todas las zonas rurales, una marca paradisíaca de entornos naturales y buena gastronomía para imponer el turismo; así lo sufre el Berguedà, la Cerdanya, el Montseny, el Lluçanès y todas y cada una de las tierras no urbanizadas. Como si no tuviéramos bastante con la industrialización de la agricultura y la ganadería, se hacen de nuestros bosques, campos y masías, parques temáticos para pijos y domingueros. Las zonas de río se masifican al mismo ritmo que las masías se llenan de jacuzzis. No hay golpe más fuerte para la cultura y la tradición, y para los vínculos que la gente debería establecer con la tierra, que la saturación de espacios y ambientes por estos intrusos. Así, se inicia un proceso de gentrificación que imposibilita o dificulta la supervivencia y, todavía más, la creación de proyectos rurales.

En conjunto, se produce una caída constante de los saberes, las tradiciones y la cultura que se practicaban en una vida preindustrial y preglobalizada. Ahora, vivimos en una sociedad con individuos automatizados que desconocen su pasado en pro de una nueva sociedad moderna que tiende al absurdo. En tan solo treinta años, se ha derrocado una forma de vivir tan llena y sencilla que nos permitía ser capaces de alimentarnos con nuestras propias manos. Tener 10 gallinas, 4 conejos, un par de cerdos y un huerto era suficiente para alimentar una familia entera. Esta autosuficiencia no se limitaba a los ámbitos alimentarios, sino que se extrapolaba a todos los niveles de la vida. Cada pueblo tenía su propio tejar y con unas cuantas manos se levantaban masías que eran auténticas obras de arquitectura. Una manera de vivir que gestionaba y cuidaba sus bosques para calentarse durante todo el invierno, en lugar de hacerlo con petróleo extraído a golpes de guerra y genocidios de Oriente Medio. Una manera de vivir que tejía jerséis de la lana de los corderos que la alimentaban, que hacía cestos del mimbre y podía beber agua de sus fuentes.

En estos 30 años desaparece la escuela rural, una escuela de ámbito familiar. Desde la matanza del cerdo hasta la reparación de un tejado, todo se

aprendía en familia. No hacía falta ninguna institución ni élite que enseñara todo lo necesario y suficiente para vivir. Cae una generación entera de masías, masoveros, pastores, cesteros... y demás oficios que se enseñaban de tú a tú. Sin envidias ni grandes pretensiones; eran saberes esenciales para vivir y en ningún caso materia con la que enriquecerse. Así pues, se presenta una nueva generación desposeída de lo que fue el mundo rural, una generación que no sabe ni cómo hervir el grano, ni matar un pollo y, todavía menos, cuidar un huerto.

Contra todos nosotros, la industria y la ciencia absorben todo conocimiento y lo degradan hasta homogeneizarlo en un mercado extenso y nada sostenible basado en el control. Mueren lenguas, culturas, fiestas, remedios y toda tradición en manos de un talante globalizado.

Ser responsables de nuestras propias vidas

El retorno a una vida preindustrial es una estaca contra el desastre. Todas las zonas rurales están llenas de leyendas, fiestas, tradiciones y personas sabias que nos pueden acercar a ella. Conocer de dónde venimos y generar vínculos con nuestro pasado son herramientas clave para crecer con conciencia real y respeto por nuestro entorno más próximo. Sin embargo, dentro de todo lo que se engloba en la cultura y tradición rural, también se esconde una parte oscura. Los centenares de años de sumisión, invisibilización y desvalorización de las mujeres evidencian la necesidad de repensar lo rural desde una clara y contundente perspectiva de género y antipatriarcal.

La autosuficiencia y la soberanía se hacen necesarias y, a la vez, son una forma de empoderamiento y de liberación individual y colectiva hacia la creación de unos nuevos cimientos. Es indispensable pensar y construir espacios de aprendizaje y de empoderamiento para ser responsables de nuestras propias vidas. Hay que crear espacios de organización comunal donde se ponga en el centro aquello que armoniza la vida y donde, también, se señale al enemigo.

Con la muerte de la «escuela rural» nos vemos obligadas a reinventarla y generar nosotras mismas el lugar donde se haga posible un traspaso de conocimientos. Desde el Puig dels Eixuts, un proyecto con vistas a la autosuficiencia, hemos puesto en marcha la Escuela de Oficios, que es justamente un espacio de aprendizaje colectivo y

de autoconocimiento a partir de los saberes de la gente del territorio que vive o vivió la ruralidad.

Al mismo tiempo, es imprescindible tejer redes de apoyo mutuo y de consumo responsable que sean capaces de crear un nuevo tejido y una nueva economía del y por el territorio. Con implicación, dedicación y la confianza de las personas que lo habitan, es completamente posible y viable la estructuración de una economía de proximidad e independiente de las estructuras de mercado y de Estado. En el Lluçanès, por ejemplo, ya hará casi un año que nació la XELLA (Red de Economía del Lluçanès Autogestionada), que apuesta por responder a las necesidades de la vecindad y valorar a las productoras y artesanas de la zona. Este proyecto se puso en marcha con un mercado mensual y rotatorio en cada pueblo del Lluçanès, creando así un punto de encuentro para visibilizar el pequeño campesinado y la artesanía. Con la llegada de la COVID-19, se suspendieron los mercados y se optó por la elaboración de una cesta semanal que ofrece productos del territorio únicamente para la gente del mismo territorio. Así pues, se da valor y se pone en contacto a productoras y consumidoras. Es una herramienta realmente potente para remover conciencias contra la monopolización alimentaria de las grandes superficies que engaña a consumidoras y revienta a productoras.

El campo como trinchera

Estos nuevos tejidos a la vez son claves para analizar y materializar las carencias productivas en nuestras tierras. Al mismo tiempo que aprendemos juntas, nos vemos alentadas y forzadas a pensar nuevos proyectos que solucionen estas carencias. El Lluçanès es una tierra llena de explotaciones ganaderas, de las cuales la inmensa mayoría son de formato intensivo y propiedad de grandes multinacionales. Con respecto al cerdo, no hay ni una sola explotación en extensivo y todo el que hay depende de la industria. Por otro lado, el Lluçanès estaba lleno de huertas de autoconsumo que, poco a poco, han ido desapareciendo. Para responder a tales carencias recae sobre nosotros la obligación de pensar y organizar nuevas iniciativas, como podrían ser bancos de trabajo y proyectos de huertas colectivas y autogestionadas que acerquen, otra vez, la gente a la tierra.

Para combatir la industria, hacen falta muchas manos y ganas de trabajar la tierra y, también, repensar y construir una manera



Huertas colectivas y autogestionadas en el Lluçanès.
Foto: Truja Negra

sana de relacionarnos las unas con las otras. Desgraciadamente, la situación que se nos presenta no es un camino de rosas. La precarización de nuestras vidas de la mano de la gentrificación que sufrimos por parte del turismo y la burguesía en nuestras tierras implica forzosamente una tensión de poderes. Cada vez es más complicada una mediación con la propiedad o las instituciones. Las masías desaparecen y cada vez se hace más evidente el trabajo en el campo como una trinchera, no una trinchera folclórica de cuatro afortunados que tengan las tierras, el dinero y las herramientas para hacerlo, sino más bien un campo de batalla para la recuperación de conocimientos, tierras y todas las herramientas necesarias para lograr un cambio de mentalidad en todos los ámbitos, económica, política y socialmente. La generación perdida y huérfana de sabiduría, para defenderse, tiene que combatir al Estado, al Capital y a la Propiedad. Reapropiarse del mundo rural es expropiación y colectivización en favor de un nuevo modelo ecologista, feminista y radical. ●

La Truja Negra

Gustavo Duch

Soberanía rural

Hay dos palabras que se repiten constantemente en esta revista: soberanía y rural. Ahora las ponemos así, una tras otra, porque parece que cobran un significado que hay que reivindicar. En el marco de los tiempos pospandemia se advierten nuevos riesgos en el medio rural. Si nuestro cuerpo no es más que una parte de un cuerpo colectivo, el territorio; sobre este cuerpo, ¿quién toma las decisiones?

Antes de la pandemia (a. P.) vivíamos junto a una hoguera que, en mayor o menor medida, a todas nos producía algún grado de quemaduras. Pero las clases gobernantes, inconscientes o parapetadas en sus privilegios —o las dos cosas— no detectaban ni siquiera el humo. Han pasado poco más de tres meses de la explosión de la COVID-19 y aunque el incendio ecosocial no puede ser más evidente, no solo no proponen ninguna medida para frenarlo sino que, con sus políticas y fondos de recuperación, lo alimentan cual pirómanos. Esto sí que nos genera un verdadero estado de alarma.

Me preocupa, también, el salto mortal que nos ha llevado de decenios a. P., donde predominaban los sentimientos mayoritarios de ruralofobia y desprecio hacia la naturaleza, a lo contrario: «el boom rural». En los últimos meses abundan los anuncios publicitarios cuya estrategia de marketing pasa por piropear a los pueblos y a sus gentes; la prensa convencional está haciendo huecos urgentes a la cultura rural, que ahora está de moda; y, desde luego, las grandes cadenas de supermercados ya no solo llenan lineales con productos ecológicos, sino que también divulgan a los cuatro vientos su compromiso para salvar a la pequeña agricultura y «su trabajo esencial». ¿Será lo rural un nuevo nicho de negocio? ¿Qué planes para «reflotar la economía» de los entornos rurales se imaginan los gobiernos?

Como advertían algunas voces, la construcción del discurso de la España vacía ha generado un buen pretexto para justificar cualquier tipo de negocio, por perjudicial que sea. El argumento de repoblar los entornos rurales está permitiendo la

expansión de las macrogranjas industriales, por ejemplo, o la expansión desproporcionada de parques eólicos. El renovado interés por la búsqueda de espacios naturales, lejos de los riesgos epidémicos de las grandes ciudades, es un segundo factor que ya está acentuando una suerte de retorno a lo rural que, sin compromiso por formar parte de la sostenibilidad colectiva del pueblo, acrecienta los fenómenos especulativos de la vivienda en los pueblos y de la tierra cultivable. Y esto hace aún más difícil la llegada de personas que sí miran a lo rural como el lugar donde situar vidas vivibles a partir de la relación con la tierra y su fertilidad.

Con este escenario, lo rural y lo natural cotizan cada vez más alto en las bolsas de valores. A los buitres que rastrean dónde invertir no se les escapa que en esta época d. P. el mundo rural es muy llamativo en cualquier escaparate. «Vendemos pueblos abandonados. Buena inversión para ofrecer lugares donde vivir y teletrabajar con menos riesgos de caer enfermo», dirán sus anuncios. «Increíble caserío a la venta, protegido con seguridad privada 24 horas y dos huertas perimetradas con vallas electrificadas». «Solares por edificar en una calle asfaltada, sin olor a estiércol». «Vendo 20 hectáreas de prístinos parajes. Muchas posibilidades»...

De hecho, poniendo un poco de atención, ya detectamos esta nueva tendencia para refugiados pandémicos clase top. En las mesas de algunas administraciones se está discutiendo el proyecto llamado Maestrazgo-Els Ports —impulsado por una conjunción de entidades filantrópicas y fondos de inversión—, que pretende reducir 550.000 hectáreas de comarcas del norte del País



◀ Ilustración del fanzine *Saca tus sucias manos de mi pueblo*, del Colectivo Arterra.

La construcción del discurso de la España vacía ha generado un buen pretexto para justificar cualquier tipo de negocio, por perjudicial que sea.

campesinado] se facilitará el trasvase de capital de las ciudades al campo así como generar oportunidades económicas en las comunidades rurales.

Satisface ver como la sociedad en general ha puesto en valor la libertad no confinada y poder vivir o tener acceso cotidiano a los espacios naturales. También es una buena noticia observar cómo se ha dignificado el papel de las personas productoras de alimentos..., pero no perdamos de vista que los ingredientes para una invasión neoliberal de lo rural están servidos. Es ahora cuando es más importante apelar a la soberanía rural. Quienes viven y mantienen estos territorios deben decidir sobre ellos. Lo expresa muy bien el colectivo Arterra en un fanzine cuyo título es suficientemente explícito, *Saca Tus Sucias Manos De Mi Pueblo*: «levantadas en defensa de la comunidad como hacen los campanarios de nuestros pueblos».

Valencià, de Terres de l'Ebre y del Maestrazgo aragonés a una postal, a un parque temático de lo salvaje. Como se explica en una serie de reportajes publicados por *La Directa*,¹ a los promotores no les tiembla la voz cuando esgrimen que con la reintroducción de especies salvajes o la renaturalización del territorio [léase expulsión de

1. Los artículos de Ester Fayos y Lluís Pascual, publicados originalmente en catalán en *La Directa*, están disponibles en castellano en arainfo.org en soberaniaalimentaria.info

Gustavo Duch

la transformación del sistema agroalimentario



herramientas



SI NOS PONEMOS YA ESTAMOS A TIEMPO

todos y todas

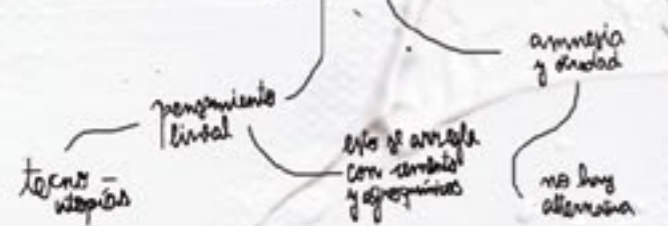


MENOS PGRU Y MÁS PGR

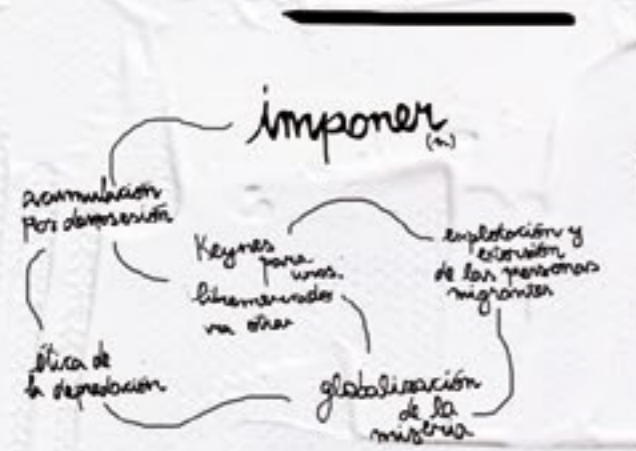
COBIENDO ESPERO AL SISTEMA QUE YO QUIERO

TIERRA, ANA CUERO SINO

esterilizar



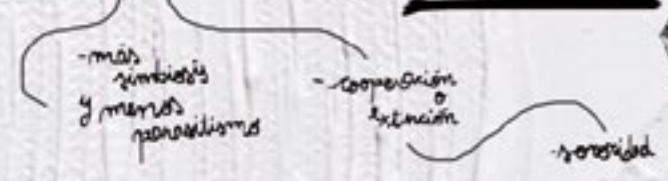
resistencias



circuitos



relaciones



Amal El Mohammadiane Tarbift

«Seguimos siendo las mujeres quienes lideramos aquello que protege más»

CONVERSATORIO CON ACTIVISTAS
POR LOS DERECHOS LABORALES EN HUELVA Y ALMERÍA

Conversamos con tres mujeres para entender la situación de los tajos andaluces. Ellas ya se conocen de antes. Nos citamos en un encuentro virtual, al que precede media hora de anécdotas vividas sobre cómo empezaron a denunciar la falta de condiciones dignas de las jornaleras y de carcajadas cuando Ana Lepe nos cuenta pequeñas historias, trucos y complicidades vividas con sus compañeras en la finca donde trabaja.

PARTICIPANTES

Ana Lepe: Trabajo en el campo desde que tenía 18 y ahora tengo 55. Estoy cansada de tantas injusticias que veo en los tajos de Huelva. Ya desde muy chica, me uní a la lucha por nuestros derechos, diciéndoles a los hombres que nosotras también queríamos ir a las aceitunas. Me casé con un hombre a quien no le gustaban esas cosas y estuve siempre con la espinita ahí *clavá*, animando a mi hija a emprender esa lucha que yo no podía hacer. Cuando me divorcié, me metí de lleno otra vez en ayudar a la gente, decidimos luchar por dignidad y conseguimos ayudar a muchas personas sin necesidad de estar en ningún sindicato. Esa soy yo.

Ana Pinto (Anita): Tengo 33 años y empecé a trabajar en el campo con 16. La experiencia de tener una madre tan guerrera me ha hecho ser la activista que soy ahora porque ya no aguanto más el abuso y la explotación que se dan en los tajos. Fruto de este activismo, se me cerraron todas las puertas en el campo. Ahora lidero Jornaleras de Huelva en Lucha y trabajo como mediadora sindical con Abogadas

Sociedad Cooperativa Andaluza ofreciendo asesoría jurídica gratuita y herramientas para denunciar estos abusos. Y mi idea también es acabar mis estudios para tener el grado superior en Integración Social.

Nadia Azougagh Bousnina: Vivo en la Medina (Almería), aunque nací en Asilah (Marruecos) y acompañé a mi madre en la migración con 6 años. Ella es la responsable de quién soy porque, desde que era chica, veía como llegaban a casa personas mojadas, de las pateras. No sé en qué momento terminó su activismo para convertirse en el mío. Aunque de profesión soy maestra, decidí especializarme en intervención social y estudios migratorios. No tengo apego a ningún colectivo, aunque colaboro con el Sindicato Andaluz de Trabajadores, lo que me permite estar en contacto con las jornaleras de Almería. Hace poco me preguntó una periodista cómo me sentía, inmigrante o española, y yo le respondí que pobre. Para trabajar de forma constructiva, empecé a aprender el oficio de agricultora desde la visión de la agroecología y ahora trabajo en eso.

¿Es casual que seáis las mujeres quienes más estéis luchando por la justicia y la igualdad?

Ana: No. Estamos hartas ya de ser las últimas por ser mujeres. Eso es lo que nos ha hecho ser decididas y tirar *p' adelante*. Y decir hasta aquí hemos llegado. Hoy mismo, hablando con unos compañeros, me decían que hoy en día las mujeres están «muy protegidas». No hace mucho era normal que el marido llegara a casa, le pegara una paliza a la mujer e hiciera lo que le diera la gana. Era una casa sí, otra no y no se veía ni malamente. Entre ellas se tapaban por la presión social y por no ser juzgadas, porque no podías ir a un guardia a decirle que tu marido te pegaba.

Creo que aquí el empujón bueno lo dimos tres trabajadoras del campo cuando acudimos a unas jornadas organizadas en Sevilla, donde denunciábamos desde los asientos qué pasaba realmente en los tajos de los frutos rojos de Huelva. Allí estaba la patronal, la Junta de Andalucía, los periodistas, las organizaciones sociales y sindicales, y nos escucharon bien.

Nadia: Estoy de acuerdo, pero seguimos siendo las mujeres quienes lideramos aquello que protege más: esa justicia social reivindicativa, rebelde y no asistencialista. Y seguimos sin dar pasos hacia adelante para llegar a puestos de poder en organizaciones. Creo que no lo hacemos por no hacernos daño a nosotras mismas y por no perder tiempo en luchas que vemos vacías. Creemos que cuando intentamos dar pasos adelante o los damos (yo misma estuve en la ejecutiva de área de migraciones de Podemos Andalucía), volvemos atrás porque no nos gustan esos espacios. Todavía no están preparados para nosotras. Por eso, creo que sí, seguimos luchando, pero todavía lo hacemos desde una segunda línea...

Anita: Totalmente de acuerdo. De hecho, algunos hombres del SAT no creían en nosotras cuando montamos el colectivo de jornaleras. Me salí del SAT por lo mismo, siempre están los hombres delante, creímos necesario liderar nuestra propia lucha. Ya no solo por los abusos que se cometen en los campos, sino también por la desprotección y el machismo que hay en los sindicatos y en colectivos de la llamada izquierda progresista feminista.

Ana: Ellos quieren mujeres en las organizaciones por decir «aquí hay mujeres», aunque luego las tengan en un segundo plano.



Nadia: Estas cosas no solo ocurren en sindicatos, sino también en muchas organizaciones. Lo de la mujer florero es así porque por las exigencias de paridad de la Ley de Igualdad, tienen que asignar x mujeres, por eso cuando te llaman, te dicen: «¿Puedes ir en mi lista porque hace falta una mujer?». O en una mesa redonda, donde te invitan a dar una charla: «Hay tres hombres y necesitamos una mujer». Entre lo de migrante y mujer, ya tenemos todas las etiquetas que cumplir para cubrir el aforo «progresista»...

¿En qué pensáis que se diferencian los liderazgos femeninos de los masculinos en vuestro ámbito?

Nadia: En El Puche (Almería), uno de los barrios más precarios de Europa, estuvimos más de dos años en lucha contra los desahucios que se iban a cometer contra personas migrantes. Las mujeres hemos sido quienes hemos liderado estas batallas. ¿Qué quiero decir con esto? Tenemos una forma de proceder muy diferente a la de los hombres, mucho más cuidadosa, más productiva; no hubo complicación de egos. El proceso ha sido más limpio y ordenado. Creo que hay que cuidar las formas de denunciar. Quienes fueron abusadas sexualmente en los tajos lo saben bien. Entre nosotras nos preguntamos cómo estamos, escuchamos más, cuidamos las palabras y ponemos



Nadia Azougagh Bousnina

el cuerpo. De eso, los hombres entienden poco; de hecho, cuando los temporeros de Almería quieren o necesitan hablar, siempre tiran de las mujeres que lideran las denuncias, no lo hacen con los hombres. Nosotras no necesitamos demostrar tantos logros, sino pararnos y buscar las mejores fórmulas para solucionar problemas.

Anita: En Huelva, se han intentado llevar a cabo luchas, pero no ha sido hasta que las mujeres hemos cogido las riendas, desde las bases, cuando se han visto los frutos. La gente se siente representada por nosotras, pero queda mucho por hacer.

En los tajos, habéis denunciado la falta de acceso a una higiene digna de las mujeres, ¿A qué os referís?

Anita: Muchos de los tajos no tienen baño accesible para que te puedas cambiar de compresa ni acceso al agua. A veces tienes que desplazarte lejos. Parece que en el sector agrícola no se necesita baño... Además, recoger los frutos rojos es muy duro para quienes sufrimos dolores menstruales.

Nadia: Claro, y ni hablemos de las mujeres embarazadas, que constantemente tienen que acudir al baño, además de estar mucho tiempo agachadas... En Almería llevamos mucho tiempo trabajando la prevención de la higiene de las mujeres en el campo. Este tema lo llevamos a Suiza a unas jornadas sobre derechos laborales hace poco y también al Congreso de los Diputados en la anterior legislatura, presentando iniciativas para acabar con esta situación. Pero no hubo interés en cambiar. Ahora tenemos apoyo internacional para una campaña que visibilice las infecciones que cogen las mujeres al cambiarse de compresa en entornos con fertilizantes y pesticidas químicos.

En Huelva se vienen denunciando los abusos contra las trabajadoras, pero ¿qué sabemos acerca de las condiciones de vida de las mujeres temporeras en los asentamientos de Almería?

Nadia: Muy poco. De hecho, recientemente han cambiado las dinámicas de migración y

no se ha hablado de ello. Antes, al menos en Almería, ellas migraban por reagrupación familiar: venía el marido y, después de un tiempo, traía a su mujer y sus hijos. Por eso se las veía solo en los cortijos y en viviendas «normalizadas». Pero desde hace tres o cuatro años, de repente, llegaron muchas a los asentamientos. Ahora son ellas quienes dan el salto en busca de una vida mejor, sin apoyo alguno (a veces divorciadas, viudas, etc.), sin saber qué es lo que se pueden encontrar. Muchas de ellas, con hijos. Estas mujeres no han sido visibilizadas por ningún colectivo feminista de aquí, y tampoco se ha hecho referencia a los abusos que sufren en los asentamientos. Muchas de estas mujeres se ven obligadas a ejercer la prostitución. A otras las tenemos que acompañar para exigir a los empresarios que les paguen la totalidad del trabajo y no la mitad de lo que dice la ley.

Solo en la comarca de Níjar hay más de 80 asentamientos en los que viven más de 7.000 personas. En uno de los asentamientos, las mujeres han tenido que inventarse un grito de auxilio porque los compañeros migrantes llegan borrachos de noche y se meten en sus chabolas. Cuando esto sucede, van juntas a proteger a la compañera que lo ha pedido.

¿Cómo se podría acabar con los discursos de odio?

Anita: Con la regularización. Además, les ayudaría a tener una vida más digna. De hecho, los discursos de odio se dan porque a la gente de aquí, cuando va a pedir trabajo en el campo, los propietarios a veces le dicen que no quieren españoles. Evidentemente, no los quieren porque prefieren seguir teniendo una mano de obra migrante sin papeles en regla a la que pueden explotar. Por eso, creo que en el momento en que todo el mundo estuviera en situación regular, cambiaría la percepción de la sociedad sobre estas personas.

Ana: A mí me han dicho muchas veces «no queremos españoles». Esto ocurre, en parte, por el poco margen de beneficio de las explotaciones que no pueden competir con las grandes empresas de los frutos rojos. Por eso ahora hay tantas cancelas..., para que no se vea lo que se cuece dentro. Todo esto va unido a la cantidad de bulos que crean racismo y discursos de odio entre la ciudadanía. Llegan muchos audios por el WhatsApp sobre «cómo se benefician los moros de las ayudas», sobre todo a raíz de la normalización

del discurso xenófobo de Vox, que está ahora a sus anchas en la Junta.

Nadia: Egoístamente, la regularización beneficiaría al Estado, porque estarían contribuyendo económicamente con impuestos y, lo más importante, estarían en situación de igualdad de condiciones y derechos con el resto de la ciudadanía regularizada. En lugares desmovilizados, como El Ejido y Níjar (Almería), a pesar de tener rentas per cápita altísimas y a la vez mayor desigualdad, es donde más triunfa el discurso de odio. Así lo vimos en las últimas elecciones generales, en las que los partidos de extrema derecha obtuvieron la máxima representación. Y mientras tanto, los empresarios se aprovechan de la situación de vulnerabilidad de las personas temporeras, generando el conflicto de los últimos contra los penúltimos, en vez de cuestionar el sistema agroalimentario.

¿Creéis que el sistema agroalimentario actual debería cambiar? ¿De qué forma?

Anita: Al 100 % tendría que cambiar. No solo por los derechos de las personas trabajadoras del campo, sino también por cuidar nuestro entorno alejándose de la agricultura intensiva. Doñana se lo están cargando. En el pueblo tenemos hectáreas de plantaciones de trigo y girasoles. Tenemos las condiciones idóneas para cultivar de una forma más sostenible. No pasa nada por quitar unas cuantas hectáreas de girasoles para apostar por la diversificación y que esos productos se queden en nuestros comercios locales.

La idea de que se monte en el pueblo un movimiento agroecológico lleva mucho tiempo rondándome en la cabeza. Este proyecto tendría sentido para que no tuviéramos que irnos de nuestros pueblos ni ser explotadas en campos que trabajan en convencional.

Nadia: Está claro que este sistema no funciona; pero si decidimos apostar por un cambio de modelo agroalimentario, habrá que tener cuidado con no caer en los mismos métodos capitalistas de la industria actual. Sabemos que las empresas que explotan y contaminan las tierras son las mismas que consiguen certificaciones ecológicas y siguen incumpliendo los convenios laborales. De hecho, estas empresas invierten millones de euros en un buen márketing, en vez de fomentar los derechos de las personas trabajadoras.

Creo que en el momento en que todo el mundo estuviera en situación regular, cambiaría la percepción de la sociedad sobre las personas migrantes.

Ana: Yo he trabajado en esas empresas ecológicas. Me dan una cajita con sus tarrinas muy bonitas con la etiqueta Bio, pero ni siquiera tengo un cubo donde lavarme las manos. A saber a cuánto venden esas tarrinas que exportan a Alemania, Bélgica, etc., para lo poco que me pagan...

¿Cómo se harían realidad vuestros sueños?

Ana: A mí me gustaría dejar de tener incertidumbre y saber que puedo tener una casa y poder dormir tranquilamente por las noches sin miedo a que me echen.

Anita: Tengo una espinita clavá de llevar a cabo un proyecto agroecológico porque me siento muy ligada a la tierra, muy de pueblo, me gusta Andalucía y necesito la naturaleza y estar en contacto con ella de forma constante.

Nadia: Llevamos muchos años detrás de un proyecto similar a ARTEA (Valle de Arratia, Bizkaia), un proyecto agroecológico, de cuidados, donde conviven varias personas y familias migrantes y refugiadas. Soñamos, y sé que lo vamos a hacer realidad, con una casa de mujeres sindicalistas donde tengamos nuestra cooperativa agroecológica, un espacio de cuidados y otras labores que queramos desempeñar; un lugar que se considere de referencia en Almería. ●

Amal El Mohammadiane Tarbift

Periodista e investigadora
en Comunicación Social

Sabemos que las empresas que explotan y contaminan las tierras son las mismas que consiguen certificaciones ecológicas y siguen incumpliendo los convenios laborales.

Ana Pinto (Anita)

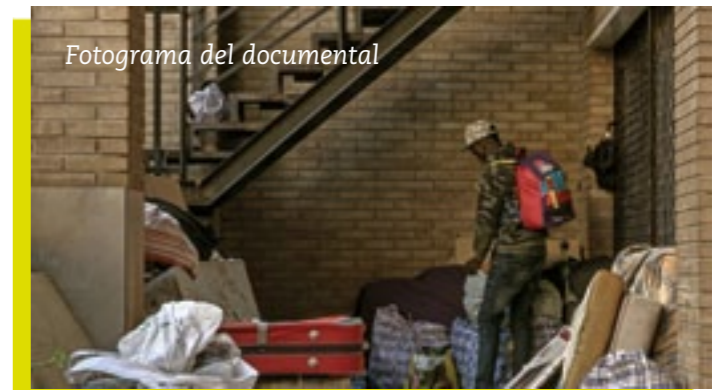
BREVES

DOCUMENTAL *EL COST DE LA FRUITA*

Al oeste de Catalunya se produce casi toda la fruta dulce de Europa. Cada año, cuando suben las temperaturas, una legión de brazos llega a la región para cosechar las manzanas, peras y melocotones que después encontramos en los mercados y supermercados. Hombres y mujeres de Marruecos, Ucrania, Argelia, Mali, Senegal, Rumanía, Costa de Marfil, Colombia... La mayoría llegan, pero otros ya están, como Salimata, que quiere que su hijo no entre en la fruta; o Amadou, que sueña con retomar su carrera de periodista, o Hussein, que solo desea salir de la miseria.

Este documental es el resultado de dos años de observación y seguimiento de las campañas de la fruta en Lleida. Una historia de mano de obra temporera sin presente, de un campesinado sin futuro, una historia de supervivencia desde la periferia de las periferias, de una tierra exhausta. Un documental que explora cartografías locales y globales que pueden explicar el mundo.

Clara Barbal (1993) es graduada en Periodismo y trabaja en el sector editorial. Se ha formado en la EICTV de San Antonio de los Baños (Cuba) en escritura de guion. *El cost de la fruita* es su primer largometraje documental. Pablo Rogero (1979) es realizador audiovisual, combina sus trabajos



como freelance y la docencia audiovisual con proyectos de cine documental como montador y director. *El cost de la fruita* es su tercer largometraje documental.

El equipo realizador está agendando presentaciones y exhibiciones en espacios culturales, festivales y ciclos de cine, pero con las contingencias suficientes por si hay que cambiar de planes debido a la COVID-19 y a la emergencia sanitaria. Cuando finalice el ciclo de exhibiciones, el documental se subirá a alguna plataforma de internet con subtítulos disponibles en inglés y castellano.

Contacto: @costfruita_doc; fruita.doc@gmail.com

EL PASTOREO COMO HERRAMIENTA ESENCIAL CONTRA EL CAMBIO CLIMÁTICO

El cuaderno *Ganadería extensiva y cambio climático: un acercamiento en profundidad*, editado por la Plataforma por la Ganadería Extensiva y el Pastoralismo y la Fundación Entretantos, recopila y organiza un intenso trabajo colectivo dedicado a abordar la adaptación y la lucha contra el cambio climático desde la perspectiva de la ganadería extensiva. La publicación recoge la información científica y técnica más reciente sobre el comportamiento de los gases de efecto invernadero en los sistemas ganaderos extensivos, sus emisiones, su relación con los ecosistemas pastoreados, su capacidad de adaptación y su potencial para mitigar los efectos del cambio climático. El acceso es gratuito y puede descargarse libremente en <http://www.entretantos.org/pastoreo-cambio-climatico/>



CONTENIDOS DEL VIII CONGRESO INTERNACIONAL DE AGROECOLOGÍA

Los días 1, 2 y 3 de julio del 2020 se celebró por internet el VIII Congreso Internacional de Agroecología, organizado por el grupo de investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia de la Universidad de Vigo, en colaboración con el Núcleo Agroecológico de la Universidad Federal Rural de Pernambuco (Brasil). Este congreso es un foro consolidado en el que se dan cita perfiles académicos y de investigación, pero también de los movimientos sociales, organizaciones campesinas o ecologistas. El tema central giró alrededor de las políticas alimentarias para la sustentabilidad; pero en sus mesas de debate, talleres y comunicaciones se trató una enorme diversidad de cuestiones como la logística, la ganadería extensiva, los feminismos o la gobernanza agroecológica. La Revista organizó una mesa de debate sobre el papel de la agroecología frente al aumento de los totalitarismos.

Todas las sesiones se grabaron y serán difundidas en abierto en las redes sociales. Están disponibles en este enlace: <https://tv.uvigo.es/series/5efefb9677f09a23ed416653>

LA COVID-19 Y SU RELACIÓN CON EL SISTEMA ALIMENTARIO

En soberaniaalimentaria.info hemos abierto una sección temática que recoge los contenidos publicados durante los últimos meses sobre la COVID-19 y la alimentación; entre ellos, reflexiones en torno al origen del virus, sobre el sistema de producción industrial de alimentos y cómo afectan la pandemia y sus efectos administrativos al pequeño campesinado y a los canales cortos de comercialización. En ella también podéis encontrar los artículos e informes de ámbito internacional publicados por la Fundación GRAIN.

HERRAMIENTAS PARA ENTENDER LOS IMPACTOS DEL AGRONEGOCIO EN EL CONO SUR

Se trata de dos herramientas pedagógicas diseñadas para fortalecer las organizaciones campesinas, ecologistas, de consumidores y todas aquellas que hoy cuestionan el modelo de producción y de consumo de alimentos.

El *Atlas del agronegocio transgénico del Cono Sur* es un informe que desarrolla distintas dimensiones de la concentración de tierras y la criminalización del campesinado, la destrucción de ecosistemas y economías regionales, el control oligopólico del mercado por parte de un puñado de corporaciones y el impacto del agronegocio sobre los cuerpos de las mujeres. También aborda las resistencias y alternativas que surgen de organizaciones campesinas y pueblos originarios, que buscan recuperar la producción de alimentos saludables para garantizar el derecho a la alimentación, de la mano de un modelo de producción agroecológica de base campesina.

El *Mapa de la república tóxica de la soja*, diseñado por Iconoclasistas, es el resultado de un taller realizado en septiembre de 2019 en Asunción con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo en el que participaron referentes de organizaciones, así como personal técnico y académico de Paraguay, Brasil, Argentina, Bolivia y Uruguay.

Puedes descargar ambas herramientas en <http://www.biodiversidadla.org>



Sobre alimentación, mediación e industria cultural

Los seres humanos habitamos un mundo propio situado en la intersección entre la naturaleza y la cultura. Es el mundo del lenguaje, un espacio creativo y recreativo, analítico y comunicacional en el cual tiene lugar la construcción de la cultura en general. ¿Qué papel juega aquí la alimentación?

Cuando hablamos de lenguaje y cultura, a menudo tenemos la sensación de que nos distanciamos de la naturaleza. Esta impresión tiene algo de verdadero y algo de falso. Nos distanciamos cada vez más de la naturaleza debido a las formas de vida desarrolladas a lo largo de las eras y períodos históricos; pero, además, estamos alienados de la naturaleza. La alienación no significa que estamos lejos de ella, sino que la abandonamos dentro de nuestra propia casa, en nuestros cuerpos y en nuestras vidas. Y pasamos a tener con ella una relación dañada y tóxica.

El abandono de la naturaleza es un proceso subjetivo, que se refiere a ámbitos afectivos, emocionales y conceptuales, pero también a la experiencia que tenemos con nuestro cuerpo. La subjetividad es la forma en que nos entendemos y concierne al campo de la vida cotidiana en el que establecemos intercambios con otras personas y con instituciones, pero también con las perspectivas y deseos de las demás, con lo que somos y lo que podemos llegar a ser.

El abandono de la naturaleza también es un proceso objetivo. En nuestra cotidianidad urbana, la naturaleza ha sido apartada y transformada en una mercancía. Por un lado, muchas ciudades se construyen y se desarrollan totalmente en contra del medio ambiente natural, a menudo

destruyendo sin piedad ríos y bosques. Por otro, las zonas verdes y parques se vuelven tan excepcionales y codiciados que son tratados como *commodities*. La mayoría de las personas e instituciones establecen con la naturaleza una relación de dependencia, pero no una relación ética. Cuando la olvidamos y apartamos, la reducimos a una mera mercancía.

La relación humana con la mercancía tiende a no ser ética, ya que la tratamos como una cosa que puede ser usada o consumida, y descartada. En el siglo XVIII, Kant ya decía que la diferencia entre seres humanos y cosas radicaba en el hecho de que las cosas tienen precio y las personas tienen dignidad. En el siglo XIX, Marx se refería al fetichismo para explicar el carácter abstracto de la mercancía sobre la cual pende el deseo humano, manipulado por los poderes económicos, que nunca actúan solos. Pero la naturaleza no es una persona, ni tampoco debiera ser vista como una cosa; por eso, es necesario comprender mejor el lugar que puede ocupar en nuestras vidas.

En términos de historia, la cúspide del distanciamiento respecto a la naturaleza se produce en la industrialización, seguida de la posindustrialización que está teniendo lugar actualmente en la era digital. Sin embargo, el hecho de que estemos

alienadas de la naturaleza no significa que no tengamos relación con ella, sino que se trata de una relación perturbada, extraña e insuficientemente elaborada.

Parte de esa relación de alienación se basa en la alimentación. El alimento, que para muchas personas todavía es considerado sagrado, como es el caso de los pueblos indígenas, ha sido degradado a mercancía por las sociedades industriales y urbanas. En este contexto, el agronegocio se ha revelado como una verdadera distorsión de la producción alimentaria. No es casualidad que a medida que el agronegocio crece, lo haga también el hambre en el mundo. Es la acción del neoliberalismo, que, con sus prácticas habituales para devorar el mundo, produce una cultura de la avaricia de la que el hambre es uno de los efectos más perversos.

El agronegocio y la industria alimentaria forman parte de lo que podemos llamar la industria cultural de la alimentación. En este contexto, el alimento es el centro de interés de muy diversos poderes económicos y políticos; por tanto, se transforma en un instrumento de mercado. Deja de ser un derecho humano fundamental y un elemento sagrado en contra de la ignominia del hambre y es reducido a un fetiche en las modas alimentarias asociadas a cuestiones de clase. Podemos preguntarnos qué comen los ricos y qué comen los pobres, y comprenderemos qué lugar ocupa la comida en la desigualdad de clases. Reducida a cosa, a objeto, la alimentación es secuestrada por empresas y gobiernos que no tienen límites éticos ni políticos en la producción de agrotóxicos o en la expropiación de semillas, que son una fuente del saber que debería ser respetada por todos los seres humanos y todas las culturas como un conocimiento que pertenece a la humanidad.

En este sentido, cabe poner atención en las políticas alimentarias, pero también en la ética alimentaria. Por un lado, los gobiernos deben comprometerse con formas más saludables de producir alimentos y con el derecho a la alimentación, más allá de los controles de la industria y del mercado. Por otro lado, necesitamos entender en qué sentido la alimentación está presente en nuestras vidas y si los seres humanos somos seres de lenguaje y cultura, eso significa que la alimentación también forma parte de estas esferas. En este sentido, el alimento es una mediación fundamental, es parte del lenguaje, es un operador de

El alimento es un medio de comunicación, de expresión, de construcción de deseos comunes, de mundos humanos. Es un elemento simbólico que construye lazos y que es político.

las diversas piezas que lo componen. A través de la alimentación no solo saciamos el hambre, sino que también nos sentimos seres humanos integrados en el mundo a nivel simbólico, porque el hambre supone una destrucción total de la dignidad humana.

Más allá de saciar el hambre, la comida es un elemento de los rituales, que pueden ser religiosos, donde se conmemora la abundancia o se celebran ofrendas, y también el entorno en que las personas confraternizan, se divierten y construyen amistades. El alimento es un medio para nutrir nuestro cuerpo y cada vez más un mediador de ciencias como la nutrición. Como seres de lenguaje y de cultura, el alimento es un medio de comunicación, de expresión, de construcción de deseos comunes, de mundos humanos. Es un elemento simbólico que construye lazos y que es político. No es casualidad que la industria cultural de la alimentación lo reduzca a una cosa para tener poder sobre él y, por ende, sobre los sujetos humanos.

La alimentación maltratada y secuestrada que tenemos hoy en día, a causa del agronegocio y la industria cultural de la alimentación, contribuye a nuestra relación de alienación con la naturaleza. No obstante, la alimentación puede volver a considerarse como un vínculo entre el lenguaje y la cultura humana con la naturaleza; puede ser el camino para construir otro mundo posible. Por

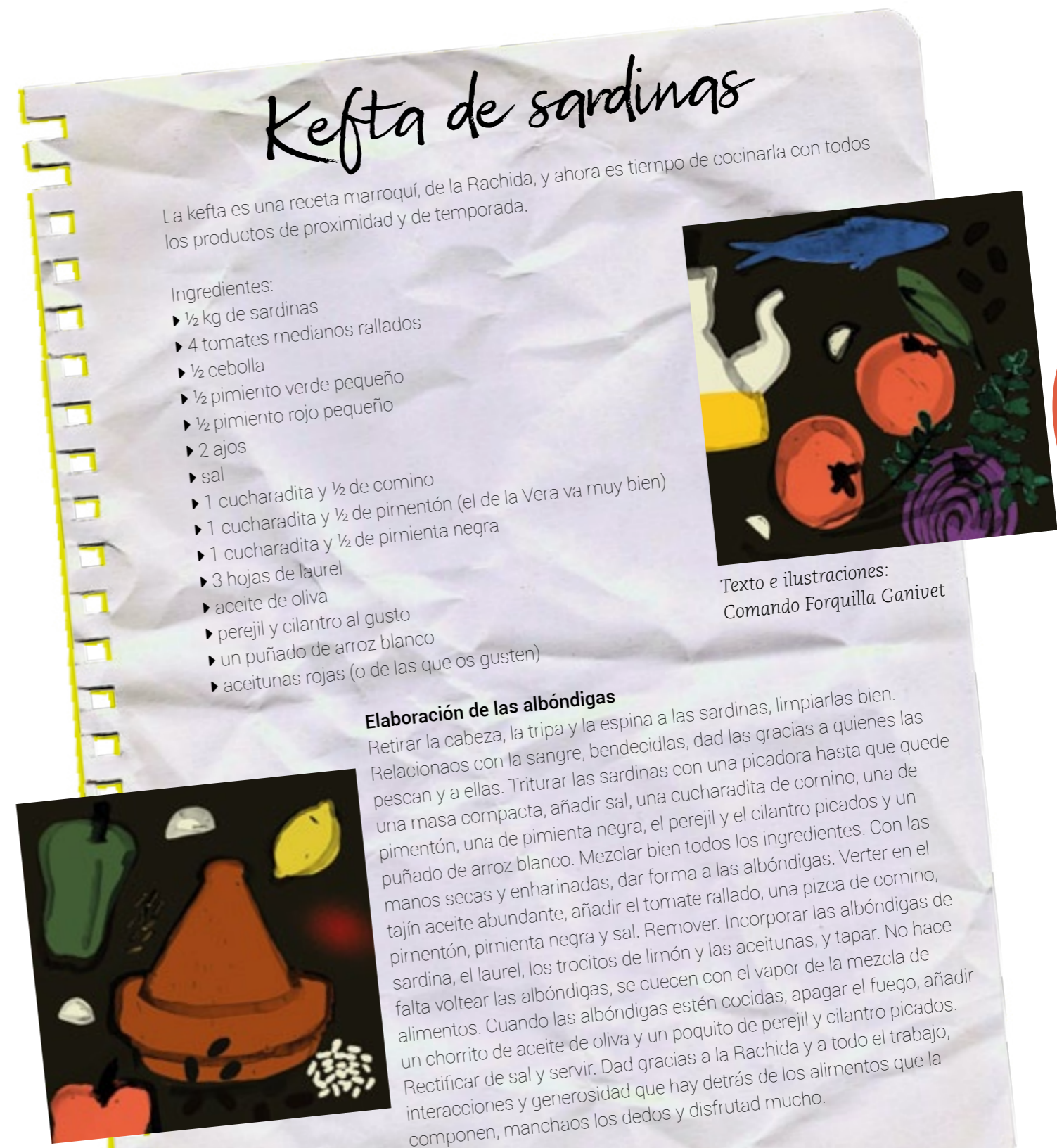
eso, la lucha por la soberanía alimentaria, por la agricultura familiar y por el derecho de los pueblos a una tierra donde cultivar alimentos para un mundo mejor es también es la lucha por la dignidad de la condición humana junto a la naturaleza de la que siempre formaremos parte, en calidad de seres que la destruyen o como seres capaces de

un agradecimiento hacia la vida que nos ha sido legada y de cuyo carácter sagrado no debemos alienarnos. ●

Marcia Tiburi

*Escritora y filósofa brasileña,
profesora de la Universidad París 8*

Traducción de Erik Hobbelink e Irene García Rocés



Kefta de sardinas

La kefta es una receta marroquí, de la Rachida, y ahora es tiempo de cocinarla con todos los productos de proximidad y de temporada.

Ingredientes:

- ▶ ½ kg de sardinas
- ▶ 4 tomates medianos rallados
- ▶ ½ cebolla
- ▶ ½ pimiento verde pequeño
- ▶ ½ pimiento rojo pequeño
- ▶ 2 ajos
- ▶ sal
- ▶ 1 cucharadita y ½ de comino
- ▶ 1 cucharadita y ½ de pimentón (el de la Vera va muy bien)
- ▶ 1 cucharadita y ½ de pimienta negra
- ▶ 3 hojas de laurel
- ▶ aceite de oliva
- ▶ perejil y cilantro al gusto
- ▶ un puñado de arroz blanco
- ▶ aceitunas rojas (o de las que os gusten)

Elaboración de las albóndigas

Retirar la cabeza, la tripa y la espina a las sardinas, limpiarlas bien. Relacionaos con la sangre, bendecidlas, dad las gracias a quienes las pescan y a ellas. Triturar las sardinas con una picadora hasta que quede una masa compacta, añadir sal, una cucharadita de comino, una de pimentón, una de pimienta negra, el perejil y el cilantro picados y un puñado de arroz blanco. Mezclar bien todos los ingredientes. Con las manos secas y enharinadas, dar forma a las albóndigas. Verter en el tajín aceite abundante, añadir el tomate rallado, una pizca de comino, pimentón, pimienta negra y sal. Remover. Incorporar las albóndigas de sardina, el laurel, los trocitos de limón y las aceitunas, y tapar. No hace falta voltear las albóndigas, se cuecen con el vapor de la mezcla de alimentos. Cuando las albóndigas estén cocidas, apagar el fuego, añadir un chorrito de aceite de oliva y un poquito de perejil y cilantro picados. Rectificar de sal y servir. Dad gracias a la Rachida y a todo el trabajo, interacciones y generosidad que hay detrás de los alimentos que la componen, manchaos los dedos y disfrutad mucho.

Texto e ilustraciones:
Comando Forquilla Ganivet

Mirene Begiristain, Patricia Dopazo, Jessica Milgroom, Isabel Álvarez,
Elisa Oteros, Marta Rivera, Marina Di Masso

#SOSCAMPESINADO

APRENDIZAJES DE UNA CAMPAÑA AGROECOLÓGICA Y FEMINISTA

La crisis detonada por la COVID-19 ha provocado el refuerzo de los poderes y las formas de hacer tradicionales y hegemónicas, pero también han emergido una diversidad de procesos espontáneos de autoorganización, apoyo mutuo y articulación entre movimientos sociales y ciudadanía para dar respuesta a una realidad socioeconómica crítica. En el caso de los movimientos agroecológicos, una de esas respuestas ha sido la campaña #SOSCampesinado, de la que compartimos reflexiones y aprendizajes.

La pandemia ha destacado la urgencia de reivindicar la importancia de aquellas actividades que se han hecho más esenciales que nunca, a pesar de su invisibilidad habitual en una sociedad mercadorcentrada. La producción, distribución y comercialización de alimentos enseguida fue declarada actividad esencial, pero ¿la que responde a qué modelo? Mientras se cerraban todo el canal Horeca y los espacios de venta directa (grupos de consumo, mercados de productoras, máquinas expendedoras de leche, etc.) y cuando las pequeñas producciones buscaban fórmulas para sobrevivir, la cara visible del sector era un ministro diciendo que no había ningún problema de abastecimiento porque las grandes cadenas de distribución seguían funcionando. ¿Qué alternativas se ofrecieron para garantizar el funcionamiento de los circuitos cortos de comercialización y la supervivencia de la producción a pequeña escala? Ninguna. Esta es la realidad paradójica y dicotómica de un discurso y unas medidas que consideran la gran distribución —que expolia al campesinado— como la única vía de acceso a la alimentación.

Frente a este panorama, muchas nos rebelamos desde la necesidad de defender lo que realmente es esencial: las actividades que garantizan el sostenimiento de vidas más allá del negocio.

Una acción espontánea desde un espacio informal

La iniciativa #SOSCampesinado parte de una red informal de mujeres de distintos territorios del Estado unidas desde hace unos años por la necesidad de abordar la agroecología y la soberanía alimentaria desde una mirada feminista. Entre nosotras hay ganaderas, sindicalistas, dinamizadoras agroecológicas, investigadoras o activistas ecologistas y, cuando llegó el confinamiento, compartimos cómo estábamos y cómo nos sosteníamos, y se activó en el grupo un sentimiento de urgencia. Desde la firme convicción de que la agroecología es esencial para garantizar el derecho a la alimentación y nutrición adecuadas, sentimos que las decisiones de las instituciones públicas no estaban orientadas a garantizar estos derechos. Creemos firmemente que en estas situaciones, los procesos de organización colectiva, resistencia, apoyo mutuo y reivindicación son centrales.

Partiendo de un ágil intercambio de experiencias y estrategias (a través de correos, llamadas y mensajes), decidimos organizarnos y comenzar una movilización a escala estatal alimentada desde las diversas iniciativas territoriales con las que estábamos conectadas. Nuestras reivindicaciones se hicieron públicas el 30 de marzo a través

Muchas nos rebelamos desde la necesidad de defender lo que realmente es esencial: las actividades que garantizan el sostenimiento de vidas más allá del negocio.

de una carta al Ministerio de Agricultura firmada por más de 100 entidades. En ella pedíamos, entre otras cosas, la reapertura de mercados locales y el levantamiento de la prohibición de acudir a las huertas de autoconsumo, así como medidas económicas y fiscales para mitigar el enorme impacto económico que esta crisis está generando en las economías rurales. También subrayábamos la necesidad de una coordinación interadministrativa (interministerial, interautonómica y local) que evitase perturbaciones, dispersiones e ineficiencias en la adopción de medidas. Solicitábamos, en definitiva, que las administraciones públicas apostaran y reconocieran la esencialidad de las producciones locales y de los espacios de autoabastecimiento como proveedores de alimentos para nuestras comunidades.

En pocos días, gracias a la prensa y a las redes sociales virtuales, interpersonales y entre entidades, la carta logró la adhesión de 600 organizaciones más y, lo más importante, consiguió visibilizar la realidad de la pequeña producción y transformación agroalimentaria y sus circuitos cortos de comercialización. Además, esta acción tuvo sus réplicas y alianzas con otras campañas en los territorios, reflejo del potencial y las sinergias de las luchas por los derechos campesinos y sociales.

¿Cómo es un proceso feminista?

Un aprendizaje que consideramos central en esta campaña radica en el propio proceso en sí. Con la urgencia de esta acción bien presente, hemos sabido amoldarla a nuestra disponibilidad,

y no al revés. Esto lo hemos visto en el reparto y relevo de tareas y en los diversos ritmos que la campaña ha tenido en sus dos meses de duración, porque hubo momentos de entusiasmo y motivación; pero, claro, también de cansancio y dudas. Hemos incorporado diferentes lenguajes, equilibrado miradas y difuminado el liderazgo, compartiendo recursos, experiencias y relaciones en la construcción colectiva. Las adhesiones a la carta se produjeron desde la conciencia solidaria y el respeto a las diferencias territoriales, culturales e identitarias. Por todo esto, pensamos que ha sido un proceso radicalmente feminista: horizontal, diverso y dialogante, que reconoce los debates, el trabajo teórico y la práctica política que se ha ido amasando durante muchas décadas de la mano de campesinas y colectivos feministas y agroecológicos.

De hecho, quienes conformamos esta red llevamos años luchando por la agroecología en nuestros territorios, y tras esta experiencia constatamos nuevamente que es el trabajo de los territorios el que nutre el contenido de las iniciativas y la movilización estatal cuando ésta se hace necesaria y urgente. Nuestra articulación, basada en la confianza y el apoyo mutuo, ha sido un espacio de encuentro donde compartir y reforzar las movilizaciones locales sin necesidad de una estructura formal o un modelo organizativo clásico. Así, ante la eterna pregunta de si necesitamos estructuras organizativas más complejas o formales, nuestra experiencia ha demostrado claramente que si los territorios están bien conectados con alianzas y cooperación entre ellos, no es necesaria una organización estatal estructurada con dinámicas que a menudo acaban siendo poco operativas y desgastantes.

La lucha es en las calles

Otro aprendizaje que cabe destacar es el enorme impulso y visibilidad que pueden dar las redes sociales virtuales a las luchas materiales en los territorios. No somos expertas en estas herramientas, de hecho, hemos necesitado la ayuda de responsables de comunicación de organizaciones, técnicas de colectivos encargadas de soportes digitales y de creadoras de recursos visuales como infografías. Con todo, es evidente que la campaña llegó a organizaciones que ni sabíamos que existían y que la han nutrido tanto en diferentes redes (Facebook, Twitter, Telegram, WhatsApp, Instagram...) como más allá de lo virtual, con

#yocomodelahuerta

Desde que empezó el estado de alarma estamos asistiendo a un acorralamiento que no nos deja ir al campo para cubrir nuestras necesidades básicas (leña, agua, huerto...). No entendemos el peligro de acudir en solitario a un terreno al que nadie más va a ir, así que un grupo de vecinos y vecinas del entorno ya hemos escrito un artículo en El Salto, nos han hecho una entrevista en eldiario.es y hemos firmado como colectivo y en individual todas y cada una de las peticiones y las cartas dirigidas a diferentes ministerios.

Sin embargo no queremos cesar en el empeño de hacer visible nuestra problemática. Vamos a montar un vídeo corto pidiendo el acceso a las huertas de autoconsumo. Nos gustaría moverlo por redes y que pudiera llegar a mucha gente. Queremos enlazar el vídeo con la campaña #SOscampesinado.

Este es el mensaje que nos llegó a la redacción de la revista y, unas semanas después, el domingo 26 de abril se lanzaba el video coral #yocomodelahuerta, que alcanzaba en pocas horas las 10.000 visualizaciones y las triplicaba en un par de días. Para elaborarlo, el grupo promotor había lanzado un llamamiento por redes informales compartiendo la idea y pidiendo aportaciones audiovisuales. La sorpresa comenzó cuando recibieron más de 300 microvídeos en 4 días, procedentes de todos los rincones del Estado, en los que se reivindicaba el uso y cuidado de las huertas de autoconsumo, y continuó con el enorme impacto que tuvo esta campaña, integrada en #soscampesinado, de la que se hicieron eco muchos medios de comunicación. Una muestra de la capacidad que tiene el movimiento por la soberanía alimentaria cuando se organiza desde abajo.

44 vídeos, menciones en artículos, entrevistas, campañas locales, etc.

Las redes sociales virtuales no pueden ni deben sustituir nuestras luchas, sino complementar las movilizaciones en los barrios y los pueblos, donde podemos vernos y tocarnos, abrazar la lucha y la esperanza. Sin embargo, en esta sociedad hipertecnologizada y en el contexto particular que estamos viviendo, con nuestra movilidad limitada, constituyen un espacio indiscutible de generación y defensa del discurso, de diseminación de prácticas y de articulación de la presión social. ¡Imaginemos una acción colectiva en la calle de todas las organizaciones que firmaron la carta-manifiesto!

Agroecología feminista en la práctica

De tener que aventurar una evaluación de todo este proceso, hoy diríamos que no ha tenido todos los resultados positivos que hubiéramos querido. En el ámbito institucional, conseguimos reunirnos con el Ministerio de Consumo, que escuchó nuestros mensajes y se comprometió a hacerlos llegar a otros ministerios, aunque con resultados muy escasos. Los mercados de productoras se abrieron en algunas regiones y también los huertos de autoconsumo, pero no hubo un cambio generalizado a nivel estatal hasta que comenzó

oficialmente la fase de desescalada. Muchos permanecen cerrados y necesitan la presión vecinal para obligar a reestablecerlos y a cumplir la normativa de seguridad establecida. Sabemos que nuestro mensaje y nuestras reivindicaciones llegaron a las instituciones, pero también hemos podido constatar que la mayoría de ellas han priorizado otros intereses.

Esta campaña ha conseguido visibilizar y aunar en un mensaje colectivo muchas experiencias agroecológicas que hasta ese momento no habían encontrado espacios donde sentirse identificadas, reconocidas o acompañadas en sus reivindicaciones. Pensamos que haber construido la campaña de forma colectiva, horizontal, con cuidado mutuo, sin logos ni membretes, para todas en plural y desde ninguna en particular ha facilitado esta apropiación.

En definitiva, más allá de este momento de crisis, seguimos ahora el camino habiendo incorporado mucha conciencia y, sobre todo, práctica feminista para el avance de la agroecología a través de una campaña sin precedentes que nos refuerza en el convencimiento de que la agroecología será feminista o no será. ●

Las autoras participan en la red informal de feminismos y agroecología

VISITAS DE CAMPO

Julio Ocampo

Los partisanos de África

Hay un célebre aforismo de Nietzsche que dice así: «Lo que no te mata te hace más fuerte». Es la concreción del concepto resiliencia, que en bambara (lengua maliense) es Barikamà, el nombre de la cooperativa social que desde hace algunos años opera en Roma. Esta es la historia de Suleman, Aboubakar, Cheikh, Sidiki, Modibo, Ismael y Saydou. Ellos, junto al italiano Mauro, gestionan una pequeña empresa agrícola, un sueño de un grupo que supo forjarse, y mucho, ante las infinitas adversidades encontradas a lo largo de una espinada travesía.

45 La cooperativa agroecológica es un proyecto único de micro-renta fundado y gestionado por socios africanos, quienes en pocos años han pasado de trabajar en un régimen de esclavitud en los campos de Calabria a gozar de una autogestión laboral que, además, les garantiza la inserción en la sociedad italiana. Un milagro a pequeña escala. «En Rosarno nos pagaban veinte euros al día. Trabajábamos más de diez horas. Era inhumano. Nos insultaban los capataces, que eran, además, italianos. Nos trataban como máquinas... Nada que ver con el proyecto Barikamà, donde hemos encontrado dignidad. Trabajamos para nosotros. Es todo en la vida». Las palabras son de Sidiki Kone, quien llegó a Italia —procedente de Mali— en 2009. Ahora cultiva y recoge los guisantes, calabacines, patatas, rábanos, pepinos, tomates, berenjenas y acelgas. La fruta y la verdura de su propio huerto. «Y ganamos lo suficiente para pagar el alquiler de la casa y los recibos de luz, gas

y agua», apunta mientras coge el testigo su compañero y compatriota Modibo, especialista en la elaboración del yogur casero, otro de los productos estrella que comercializan. «Aquí no hay racismo. No cobramos mucho, pero estamos muy a gusto porque todo lo que ganamos lo dividimos, es todo para nosotros. En Rosarno a veces ni nos pagaban, pero nos hemos hecho fuertes en el camino».

La matriz de Barakamà nació en 2010 en el centro social autogestionado ExNia, situado en una de las principales arterias de Roma: la Prenestina. Al inicio fue la mermelada realizada con los cítricos recogidos en los campos romanos. Luego prosiguieron con el yogur, sin fermentos, como se hacía en Mali hace cincuenta años, aunque después tuvieron que adaptarse a la normativa italiana. Ahora bien, como explica Ismael, «sin conservantes, colorantes ni dulcificantes». El éxito rotundo de su calidad, pureza, aroma y sabor ejerció de trampolín a

lo que ya es una realidad. Fue entonces cuando, sugeridos por una voluntaria del centro, encontraron un lugar para la producción ecológica a mayor escala y regularizaron todo tipo de permisos. Así llegaron a Martignano, a pocos kilómetros de Roma, donde los propietarios de una finca privada pusieron casi 10 hectáreas del terreno, algo de maquinaria y agua a su disposición para —después— repartir beneficios. Su ayuda fue imprescindible para el nacimiento jurídico de Barikamà en 2014. Lo explica perfectamente, mientras limpia la lechuga y la escarola recién recogida del huerto, Ismael, de 38 años, nacido en Benim. «No tenemos vacas, así que compramos una buena leche ecológica de Casale Nibbi, en Amatrice, y la transformamos. Hacemos 200 litros de yogur a la semana. Antes, en ExNia, era más artesanal todo; ahora tenemos maquinaria. Así empezó... Luego los dueños del caserío nos ayudaron a distribuirlo por Roma y pueblos

En el mes de junio toca la recogida de guisantes.
Foto: Julio Ocampo



46

cercanos... Hasta que comenzamos a obtener financiación con la adjudicación de licencias a través de convocatorias promovidas por la región del Lacio. Conseguimos nuestro propio transporte, como bicicletas o furgonetas, también tractores. Tenemos también dos chicos italianos con el síndrome de Asperger (un tipo de autismo), uno de ellos gestiona la página web, desde donde los clientes pueden hacer cualquier pedido a domicilio. La tecnología también es importante para nosotros», concluye alguien que sabe perfectamente la fuerza que emerge de la dificultad. Y es que él, también, fue uno de los protagonistas de la famosa insurrección de Rosarno hace una

década. Una revuelta liderada por los inmigrantes como vendetta a los disparos que habían recibido dos de ellos cuando regresaban a sus campamentos tras duras jornadas recogiendo naranjas y aceitunas. A la rabia vertida contra contenedores y en las calles del pueblo, hubo una reacción de una parte de la población local, que terminó con la huida de cientos de inmigrantes irregulares. Es una realidad excesivamente tolerada en Italia y a menudo la sombra de la 'Ndrangheta, mezclada con ciertas dosis de *omertà*, aparece en el paisaje.

El decreto de Bellanova

Italia es un laboratorio de vida, una belleza interrumpida

constantemente, una magia con asteriscos en cualquier ámbito. La difícil y controvertida relación con sus inmigrados no es menos, y el último episodio político lo refrenda.

Ya han pasado algunas semanas de la icónica imagen de la ministra italiana de Política Agrícola, Teresa Bellanova, emocionada visiblemente tras aprobar el gobierno el decreto Rilancio, mediante el cual —según estima la ISMU (fundación especializada en el estudio de fenómenos migratorios)—, se regularizarán 300.000 invisibles en los campos del país, la mitad respecto a la ley Bossi-Fini en 2002, por la cual más de medio millón de trabajadores en negro —algunos de

ellos refugiados— dejaron de serlo. Un halo de luz con letra pequeña. «Hay algo de propaganda aquí. Desde hace muchos años se sabe que existe este problema. Ahora aprovechan la situación con la covid-19 para aprobar esta ley. Veo instrumentalización. No han regularizado a todos aquellos que tienen los documentos en regla, sino solo al número exacto que necesitan ahora para trabajar en el campo. Es interés propio, personal; no es ayuda. Es atender a las necesidades de las fábricas», afirma con rotundidad Suleman Diara, maliense, presidente del Barikamà, quien al mismo tiempo reconoce abiertamente y agradece la ayuda económica recibida por parte de la iglesia evangélica valdense, la organización Confagricoltura y el GAS, un sistema italiano de compra

colectiva de bienes que les anticipó fondos en las convocatorias. Barikamà está consolidada, pero no resultó sencillo el camino. «Empezamos con los yogures, haciendo quince litros a la semana, y no fue fácil encontrar una leche de calidad superior que se adaptara a nuestra receta africana. También tuvimos una cierta dificultad a la hora de vender porque la gente no confiaba en nosotros. Pensaban que se envenenarían... Creo que el racismo condicionó todo. Los negros se ponen a producir yogures frescos. Era raro para ellos», asevera esbozando una sonrisa con sorna, mientras termina de colocar en el almacén del Pigneto las últimas cajas de cerezas que no se vendieron el sábado en el mercado de Ariccia, y que partirán a primera hora del

día siguiente al de Capannelle. «Tres días a la semana hacemos entregas a domicilio. Los fines de semana nos instalamos en los mercados de zonas populares, principalmente. El trabajo ha incrementado con la pandemia, pero no los ingresos. Hemos perdido dinero, de hecho. Con el confinamiento, aumentaron los pedidos a domicilio. Es mucho más trabajoso para nosotros que si la gente se acerca a nuestros stands», explica mientras se coloca su visera negra y la mascarilla.

Suleman ejemplifica la serenidad de un hombre que ha visto el horror, pero paradójicamente ha perdido el miedo. Sabe que la autonomía adquirida con el trabajo les ha permitido insertarse en la sociedad, aprender perfectamente el italiano y relacionarse con clientes nacidos



Saydou en el mercado de Capannelle.
Foto: Julio Ocampo

47

exclusivamente en el país de la bota. Gente de todo tipo: jóvenes, adultos, adinerados, obreros..., con quienes han establecido una relación de confianza recíproca.

El futuro

Mientras el Gobierno Conte aprueba algunas leyes, a su juicio, populistas; mientras Salvini pierde en el Senado el escaño de Calabria (pasa a Forza Italia, liderada por Silvio Berlusconi); mientras se afianza la extrema derecha de Giorgia Meloni (Fratelli d'Italia); mientras el mundo se derrumba y la economía colapsa; mientras la mafia y la criminalidad se nutren del coronavirus y tiemblan el capitalismo y el neoliberalismo; mientras el papa dona un millón de euros a la Caritas Diocesana de Roma con el fin de ayudar a los nuevos empobrecidos y el racismo se entremezcla con el egoísmo o la ignorancia..., a cuarenta kilómetros de Roma, junto al lago de Martignano, se expanden, cual oasis, las tierras trabajadas por este grupo de africanos cuyo objetivo es seguir creciendo para poder cultivar los sueños. «Quizás en un futuro las haya, pero de momento no hay mujeres porque se trata de un trabajo muy duro... Es difícil que una mujer lo acepe salvo que se haya dedicado toda su vida a la agricultura», exclama mientras se dirige a Saydou para ayudarlo a colocar los yogures en cámaras frigoríficas, preparadas para acudir el domingo al mercado de Capannelle. Allí, Barikamà se mimetiza entre los más de cien puestos. Todos los conocen. Más del 20 % de la urbe ha oído hablar de ellos gracias al boca a boca, los anuncios en los periódicos y la confianza generada en sus primeros clientes, que ahora ya

son aproximadamente ochenta cada semana. Les avalan su trabajo, su producto y un buen puñado de premios: finalista en 2014 del MoneyGram Award, el único destinado para empresarios inmigrantes en Italia y en diciembre de 2016, lograron el botín de 50.000 € de Coltiviamo Agricoltora Sociale.

Es un domingo cualquiera. Saydou prepara los yogures en el tenderete junto a tarros de pimientos asados y unas cerezas gigantes ecológicas, que venden a seis euros el kilo. Se respira el olor del ajo y las cebollas frescas con algo de tierra aún estampada. Hay bullicio, humanidad, espontaneidad. Apenas hay mascarillas en este enorme zoco gastronómico al aire libre. A un lado, tienen un puesto que vende mermelada casera y mantequilla recién hecha. También miel y queso de vaca. Al otro, hay porchetta, cerdo asado aderezado con especias. En el centro, la sonrisa dibujada en los rostros de los chicos de la cooperativa Barikamá, quienes pasaron de ser explotados en los cultivos del sur (Bari, Rosarno o Foggia), de vivir en chabolas, tiendas o fábricas abandonadas, a ser los dueños de su propia vida en Roma.

Suleman, Aboubakar, Cheikh, Sidiki, Modibo... han dejado de ser braceros y peones para erigirse en agricultores, artesanos y artistas. Son flexibles y versátiles, porque todos hacen de todo. Se han ganado el respeto y la credibilidad de la gente en un país que, como explica el sociólogo y psicólogo Mauro Valeri en su libro *Afrofobia*, tiene miedo a los negros: «[Italia] tuvo un primer intento fallido de conquistar Etiopía a finales del siglo XIX, antes incluso de Mussolini. Después vio como

muchos americanos negros desembarcaron en Anzio durante la II Guerra Mundial. Tiene miedo a ser derrotada por poblaciones o razas que considera inferiores». No lo han tenido fácil ellos, pero con tesón, minuciosidad y la precisión de un relojero suizo en el trabajo, se han hecho un hueco. Ahora aspiran a seguir creciendo, a modernizar la empresa, a proteger la dignidad, a abrir horizontes a las mujeres en su proyecto, a comprar sus propias vacas y gallinas, a elaborar la pasta y fabricar zumos —que ya comercializan— de granada y manzana amarga, a agrandar la empresa con nuevas contrataciones de compatriotas africanos... Y, principalmente, aspiran a seguir encontrando una oportunidad en cada piedra que encuentran en su camino.

Del huerto al puerta a puerta en bici, del Pigneto a Centocelle o Montesacro, del tractor a las cámaras frigoríficas, de las enormes, auténticas y tribales pilas de agua para pulir los alimentos a la sofisticación de las redes sociales para anotar y recoger los pedidos. De Mali a Calabria, pasando por Gambia. De Rosarno a Roma... Y de Roma a la eternidad. Necesitan a la comunidad, pero Barikamà se ha ganado el derecho a decidir, a ser un verso libre, sano, puro, sin ataduras ni encrucijadas burocráticas, sin que sus miembros sean usados como rehenes de catervas políticas. Había un sueño que era Roma. «La mayor parte somos musulmanes, pero aquí la religión no importa». Esta sentencia solo podía venir de Ismael, uno de sus profetas. ●

Julio Ocampo
Periodista

Kenyan Peasants League y GRAIN

PLAGAS DE LANGOSTAS

LA VERDADERA CRISIS DEL ÁFRICA ORIENTAL

Las invasiones de langostas no son algo nuevo. Si bien es cierto que, con el tiempo, la magnitud del fenómeno es cada vez mayor y más devastadora, estamos ante una realidad bastante común desde hace ya varios años. Con todo, la crisis de este 2020 está siendo especialmente dura, la peor de los últimos 25 años.

En Kenia, esta invasión ha tenido consecuencias nefastas para las comunidades campesinas, que han sufrido enormes pérdidas justo cuando esperaban tener una buena temporada. En el condado de Meru, por ejemplo, se han perdido las cosechas de maíz, niébé, frijoles y khat, que son cultivos habituales en la región. «Es una verdadera crisis, tan importante como la de la COVID-19. La situación está teniendo un impacto muy negativo para los campesinos de La Vía Campesina de Kenia», nos explica David Otieno, coordinador del movimiento. Dado que la gran mayoría de la agricultura se da a pequeña escala, sin ningún apoyo gubernamental, en estos momentos las familias campesinas deben enfrentarse a la peor crisis que han vivido en décadas.

La expansión de monocultivos, asociada a la destrucción de ecosistemas y al uso obligatorio de productos químicos de todo tipo, destruye la biodiversidad y es, en consecuencia, un factor que propicia la generación y extensión de enjambres de langostas. Siendo el monocultivo

el lugar donde las asociaciones de cultivos están ausentes, estas plagas han encontrado las buenas condiciones para su expansión.

Impacto y alcance del fenómeno para el pequeño campesinado

Fue entre el 9 y el 11 de junio de 2020 cuando empezaron a formarse inmensos enjambres de langostas del desierto en el noroeste de Kenia, un fenómeno que, según las previsiones, se prolongará durante unas cuatro semanas más. Estos insectos constituyen una enorme amenaza, al dañar las cosechas y los pastos y contribuir a la inseguridad alimentaria dentro y fuera de la región. Ya en enero, la FAO calculaba que unas 110.000 hectáreas se habían visto afectadas por la crisis de la langosta del desierto solo en el Cuerno de África.

Desde que estos insectos empezaron a invadir la región en 2019, se cree que esta cifra se ha disparado. El temor es grande, ya que, según se pronostica desde algunos observatorios, el

fenómeno llegará al norte de África y a África occidental tras pasar por Kenia, Etiopía, Eritrea, Yibuti, Somalia, Uganda, Sudán y Tanzania.

Todas estas tierras están en su mayoría ocupadas por familias campesinas que proporcionan más del 70 % de los alimentos que finalmente alimentan a la población.

Las crisis alimentarias se originan por múltiples razones, ligadas tanto a factores naturales como humanos. Así, por ejemplo, las políticas agrícolas que favorecen los cultivos rentistas y de exportación en detrimento de cultivos de subsistencia, indispensables para alimentar a la población, contribuyen a las crisis alimentarias. El acaparamiento de grandes hectáreas de terreno constituye un enorme escollo para el consumo local en los territorios. Todo ello significa que habrá probablemente una grave escasez de alimentos a medio y largo plazo. Los daños previstos son enormes.

Este fenómeno del aumento de las invasiones de langostas,

del que no se habla nada o casi nada en los medios desde que se desató la pandemia de la COVID-19, exige sin embargo una profunda reflexión sobre sus vínculos con el modelo agrícola industrial y el uso cada vez mayor de productos químicos. En Kenia, por ejemplo, el gobierno ha puesto en marcha estrategias que van desde la fumigación aérea de insecticidas hasta disparos al aire para espantar a estos insectos.

Kenia también ha utilizado pesticidas a base de clorpirifós, teflubenzurón y deltametrina para contener la propagación. Se considera que el clorpirifós causa problemas de fatiga muscular en las personas y es peligroso para el medio ambiente, lo que podría tener, además, efectos neurológicos y ocasionar trastornos autoinmunes.

La deltametrina, por su parte, se considera tóxica para la vida submarina, en particular, para los peces, y puede ser, además, una neurotoxina para el ser humano.

Alentados por el lobby de los pesticidas, los Estados no se preocupan por los riesgos y simplemente reparten toneladas y toneladas de productos peligrosos como si esta fuera la única opción posible.

A pequeña escala, algunas técnicas y saberes locales podrían ayudar en la lucha contra estas plagas y evitar el uso de productos químicos. Así, por ejemplo, con el empleo de patos y pollos y algunas técnicas como el ruido o el batir de tambores se ha conseguido salvar a algunos campos de la destrucción de las langostas. En la actualidad, sin embargo, a causa del alcance del fenómeno y el fracaso de las

políticas de previsión y planificación de la respuesta a esta invasión, estos métodos no pueden garantizar el éxito. Por otro lado, dada la peligrosidad de los productos químicos, es importante promover respuestas ecológicas y biológicas que sean objeto de una mayor investigación, con miras al bienestar de la población campesina africana.

Se plantea en este punto la cuestión de la resiliencia de las comunidades frente a las pandemias. ¿Cómo se toma en consideración en África la vulnerabilidad campesina frente a las plagas y los desastres que están en el origen de las crisis alimentarias? ¿De qué herramientas disponen los movimientos campesinos africanos para fortalecer su capacidad de resiliencia frente a todos estos riesgos climáticos? ¿Qué soluciones existen frente a unos Estados y poderes públicos que no han demostrado suficiente capacidad de anticipación para evitar estos desastres?



◀ La policía de Uganda, la Unidad de Defensa Local (LDU) y el ejército en Kampala imponen la orden presidencial de prohibir el transporte público y todos los mercados que no sean alimentarios, para contener la propagación del coronavirus. Foto: Kampala Dispatch



◀ Adolescente prepara hortalizas en el subcondado de Gweri, distrito de Soroti, Uganda. Foto: Nobert Petro Kalule



¿Efectos de la crisis climática?

Como GRAIN ha afirmado en su reciente informe sobre la crisis alimentaria en África, «la crisis climática complicará y de hecho está complicando ya la producción alimentaria en el continente y aumentará la frecuencia y la gravedad de las perturbaciones climáticas, como inundaciones y sequías».

El cambio climático ha provocado un aumento de la frecuencia de ciclones en el África oriental, dando lugar a abundantes lluvias. Este fenómeno, vinculado al calentamiento progresivo de la parte occidental del océano Índico, próxima a la

costa este del continente africano, promueve temperaturas más cálidas en la parte occidental que en la oriental, ocasionando fuertes precipitaciones en la región del este africano.

Con la subida progresiva de las temperaturas se produce la eclosión de los huevos de las langostas, mientras los fuertes vientos originados por los ciclones favorecen su propagación en el Cuerno de África, según informa la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo (IGAD) de África oriental.

Sin duda, este tipo de crisis se van a producir cada vez más en África y con un gran impacto para quienes viven de la tierra. Es un hecho. Las pérdidas y los daños de la crisis climática deberán ser tomados en consideración por los movimientos campesinos para hacer frente al caos climático que amenaza al continente.

Pero más allá de los hechos que podemos atribuir a la naturaleza está sin duda la negligencia en la gestión de las pandemias y otras pestes que se están viviendo en África y en el mundo. De la misma forma que en la crisis de la COVID-19 se ha constatado una falta de dispositivos, materiales y equipos elementales básicos para prevenir la propagación del virus, ha habido poco trabajo de anticipación para combatir la plaga de langostas del desierto.

Es inaceptable que hoy en día las autoridades de los países del África oriental, junto a sus

socios como la Fundación Bill y Melinda Gates, solo estén recurriendo a «venenos» y a productos químicos peligrosos para frenar la invasión de langostas. No es esta la mejor de las soluciones. Gran parte de la población se ve así obligada a elegir entre una muerte lenta causada por los efectos a largo plazo de dichos productos químicos y una muerte por inanición a corto plazo.

Esta crisis se extiende también a Yemen, Pakistán e India y constituye un fracaso internacional, pues no se han desarrollado las capacidades y políticas necesarias para prevenir todos estos desastres que son, sin embargo, evitables. En su lugar, los países han dejado que los conflictos y las guerras comprometan su labor de garantizar la seguridad alimentaria. La guerra en Yemen y los conflictos en Sudán y Somalia son escenarios en los que se ha agudizado el drama con la invasión de las langostas del desierto y su proliferación.

La fragilidad de los Estados africanos frente a este tipo de crisis sanitarias y pandemias diversas, especialmente en tiempos de COVID-19, debería hacer reflexionar aún más si cabe, sobre todo ante la aparición de otras crisis como la de la deuda que los Estados están contrayendo con instituciones financieras como el FMI o el Banco Mundial. Hay más bombas estallando en África.

Kenyan Peasants League
y GRAIN

Traducción de Marta Gómez

Francesco Facchini

Campesinos construyendo paz

EL PAPEL DE LAS ORGANIZACIONES CAMPESINAS EN EL DIFÍCIL PROCESO DE PAZ EN COLOMBIA

52 **E**stoy muy agitado. No llevo ni una semana en esta zona remota del departamento del Meta —en la llamada Colombia profunda— y ya tengo la oportunidad de presentarme enfrente de la asamblea general de Agrogüejar, la Asociación Campesina de Agricultura Agroecológica y Comercio Justo en la cuenca del río Güejar y de quienes lideran las quince comunidades de la Zona de Reserva Campesina del Güejar-Cafre. Les explico que vine aquí desde Copenhague para llevar a cabo la investigación de mi Maestría en Desarrollo Agrario. Cuando acabo mi intervención, miembros de la junta directiva de la asociación me dan las gracias y subrayan que sería importante que las historias de sus comunidades llegaran hasta Europa, considerando cómo fueron aislados y olvidados por todo el mundo. Respiro aliviado; me aceptan y tienen interés en colaborar en la investigación.

Una hora después, alguien más llega a la asamblea para presentarse. Es afrocolombiano, lleva la ropa de un campesino cualquiera, pero con una expresión hostil y una mirada torva. El hombre empieza un discurso rábido en contra de Agrogüejar que acaba con una amenaza: «¡Aquí hay algunas personas que o se van de la región o se mueren! Es así de simple».

Dificultades de un proceso de paz

En 2016, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) firmaron unos acuerdos de paz con el gobierno nacional después de largas negociaciones en La Habana (Cuba). Había una sensación generalizada de esperanza tras más de medio siglo de conflicto armado y derramamiento de sangre. Pero, poco después, los acuerdos fueron rechazados por el 50,2 % de los votantes en un referéndum convocado por el presidente Manuel Santos. Desde entonces, y en particular desde que el uribismo de ultraderecha de Iván Duque subió al poder en 2018, el tratado de paz se ha erosionado por todos lados.

El gobierno actual está controlado por un partido liderado por Álvaro Uribe —expresidente conocido por su puño de hierro contra la guerrilla y sus conexiones con las élites nacionales y los grupos paramilitares—, que se opuso directamente a las negociaciones de paz. Los efectos de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET) —un conjunto de iniciativas de desarrollo rural propuestas en el tratado para la realización de la reforma agraria— apenas se notan en el campo. El plan para apoyar la sustitución de cultivos ilícitos sufrió retrasos y fracasos, y las comunidades exguerrilleras viven en



condiciones precarias. Al retrasar y obstaculizar algunos de sus proyectos más importantes, el actual presidente Iván Duque —a menudo representado como un títere de Uribe— está, de hecho, trabajando para una «desimplementación» del tratado de paz. Respetar los acuerdos implicaría una reforma social y económica que los grupos más poderosos en el país no aprobarían.

Mientras tanto, diferentes grupos armados están todavía activos en el país: algunos comandantes de las FARC no aceptaron el proceso de paz y empezaron un movimiento disidente, el Ejército de Liberación Nacional —la otra histórica guerrilla izquierdista— y los distintos grupos paramilitares definidos como «bandas criminales emergentes» han tomado el control de los mercados del narcotráfico y de otros recursos.

Durante mis tres meses en el Meta, pude ver con mis propios ojos que se estaba desarrollando una guerra silenciosa contra los beneficiarios previstos por los acuerdos: las comunidades rurales y sus organizaciones. Amenazas similares a las que escuché en esa asamblea de Agrogüejar son habituales para quienes proponen alternativas a la economía ilícita que sostiene los grupos armados. Desde la firma de los acuerdos, más de setecientas personas, líderes sociales, fueron asesinadas en el país; unas ochenta solamente durante mi investigación. Ni siquiera el confinamiento convocado para enfrentar la reciente pandemia del

53 **◀** Campesinos arreglan una carretera como parte de una jornada de trabajo colectivo en la vereda Palmeras. Foto: Francesco Facchini

coronavirus ha podido parar los «escuadrones de la muerte», que al contrario aprovecharon el cierre para matar algunos activistas en sus propias casas.

Pero, a pesar de todo, las comunidades campesinas, indígenas, afrodescendientes, las organizaciones de las guerrillas desmovilizadas y una parte de la sociedad urbana siguen su lucha por el cambio social en Colombia. En el campo, estructuras comunitarias como Agrogüejar y las Zonas de Reserva Campesina no se limitan a demandar la implementación de los acuerdos: se han puesto manos a la obra.

El abandono del Estado y las organizaciones comunitarias

Conduzco mi moto entre pastos y selva siguiendo a Digno, un líder afrodescendiente y con una risa contagiosa, que quiere enseñarme las jornadas de trabajo colectivo de su comunidad. Tomamos un guarapo con un grupo de campesinos que está reparando la carretera. Después de una acalorada discusión sobre cómo podría llevarme una botella de la tradicional bebida fermentada a Europa, me explican que hay más gente arreglando las vías en otros puntos, mientras mujeres y jóvenes pintan y limpian la escuela de la vereda: «Si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará?»

Estas regiones de Colombia fueron colonizadas por un campesinado que huía de la violencia y la pobreza en otras partes del país. Las selvas se abrieron y poblaron gracias al hacha y el machete, sin ningún tipo de apoyo del Estado. La falta de servicios e infraestructuras públicas volvía muy difícil la salida de productos agrarios, facilitando, de hecho, la transición a economías ilícitas y la llegada de grupos armados. Rodrigo, que lleva más de cincuenta años en la región, relata: «Nunca recibimos una ayuda verdadera desde el Estado, el único proyecto que trajeron fue la militarización y la violencia».

Sin embargo, el vacío que las instituciones dejaron históricamente en la provisión de servicios fue ocupado por las organizaciones comunitarias. Rodrigo me explica que hubo un momento en que las familias colonas campesinas se dieron

cuenta de que para sobrevivir y progresar en sus condiciones de vida —educación, atención médica y vías— tenían que organizarse. Se formaron las primeras Juntas de Acción Comunal (JAC), espacios donde tomar decisiones y organizar jornadas colectivas para construir escuelas y carreteras. Don Pascual, otro fundador, recuerda cómo en la primera vereda (población) de la región, Caño Alfa, se decidió construir una escuela: «Todos contribuyeron con madera, trajimos a un maestro de afuera y le pagamos». Desde la formación de la JAC en Caño Alfa en 1959, las escuelas fueron el motor de la formación de nuevas veredas y juntas, cuyo número aumentó a medida que se establecieron nuevos campesinos.

Las organizaciones comunitarias se proponen como espacios para fomentar la acción colectiva y a la vez son sujetos con autoridad en la región. La problemática del coronavirus demostró otra vez el papel de las JAC, que emitieron una serie de normas para la prevención del contagio y se ocuparon directamente de controlar el acceso y la salida al territorio de mercancías y personas.

Respuestas campesinas al conflicto: Agrogüejar y la Zona de Reserva Campesina

Mis entrevistas y charlas en el Güejar están llenas de cuentos de cuando las fumigaciones aéreas de glifosato, bombardeos, tiroteos, torturas y represión eran parte del día a día, en los primeros años 2000, durante los gobiernos de Álvaro Uribe. En esos momentos las comunidades sintieron la necesidad de crear nuevas respuestas organizativas y en 2004 las JAC de quince comunidades se reunieron en la Asociación para la Agricultura Agroecológica y el Comercio Justo en la cuenca del río Güejar (Agrogüejar).

William Betancourt, presidente de la asociación, me cuenta cómo «comenzó como una alternativa frente a la erradicación de cultivos de coca en la región». Decidieron conformar una Zona de Reserva Campesina (ZRC) con figuras legales que regulan la propiedad y el uso de la tierra para estabilizar la economía campesina, evitar la expansión de la frontera agraria, neutralizar la concentración de la propiedad y promover funciones de amortiguación para los parques naturales.

Sede de la Zona de Reserva Campesina Güejar-Cafre. ▶
Foto: Francesco Facchini

Desde la firma de los acuerdos de paz, más de setecientas personas, líderes sociales, fueron asesinadas en el país, unas ochenta solamente durante mi investigación.

Uno de los elementos más importantes para las ZRC es la institución de la unidad agraria familiar (UAF), un número estimado de hectáreas que permite el mantenimiento y la producción del excedente necesario para obtener condiciones de vida dignas de la unidad familiar.

Gracias al trabajo de la Asociación Nacional de Reservas Campesinas, que está conectada con el movimiento global de La Vía Campesina, las ZRC siguen constituyendo alternativas organizativas para las comunidades colonas-campesinas, a pesar de que los gobiernos uribistas desacreditaron y socavaron esta figura. En el caso del Güejar-Cafre las comunidades se reunieron para elaborar de forma participativa su Plan de Desarrollo Sostenible (PDS) donde la agroecología y la soberanía alimentaria están en el centro, junto a la garantía de los derechos básicos y la mejora de



◀ Soldados patrullando Puerto Toledo, el pueblo considerado la "capital" del Güejar-Cafre. Foto: Francesco Facchini

de la crisis en las ciudades están afectando a las comunidades campesinas. Las ayudas básicas que los gobiernos locales proporcionan a algunas familias no llegan a compensar las dificultades en la comercialización agudizadas por el confinamiento.

Frente a todas estas condiciones de vulnerabilidad, el proceso de paz constituye una coyuntura en que Agrogüejar y Corpoamem consiguen adjudicarse recursos para realizar sus iniciativas. Por ejemplo, durante mi trabajo de campo pude observar el proyecto Macarena Sostenible con Más Capacidad para la Paz (Mascapaz), que involucra a comunidades campesinas y exguerrilleras en el departamento del Meta. La iniciativa está financiada por la Unión Europea y promueve la agroecología. Líderes sociales y exguerrilleros se reúnen con personas expertas para debatir sobre los detalles de los acuerdos de paz y lo que implican para ellos. A pesar de que la idea de desarrollo rural basada en proyectos de corta duración a menudo presente muchas limitaciones, iniciativas como esta muestran que las organizaciones locales pueden apropiarse de recursos de cooperación internacional para alcanzar sus objetivos. Como me explica Flor, una de las pocas mujeres presidentes de JAC, cualquier proyecto depende de la aprobación de la asociación y de las juntas, que determinan si se refleja en las líneas marcadas colectivamente en el PDS. En este caso, las organizaciones campesinas se están ocupando directamente de su implementación.

Aunque, desafortunadamente, no podré subir una botella de guarapo al avión, me voy del Güejar sabiendo que es posible pasar «del fusil a la pala», y que los cultivos de coca ya no volverán a esas regiones. A pesar de las dificultades del proceso de paz en Colombia, Agrogüejar y la ZRC demuestran que es viable construir un modelo de desarrollo alternativo desde abajo, inspirado en la agroecología y la soberanía alimentaria. Considerando que el conflicto armado se originó por la cuestión agraria y de tenencia de la tierra —y se intensificó a causa de los cultivos ilícitos—, al promover este modelo, las comunidades rurales colombianas ya están construyendo la paz en el país. ●

las condiciones de las mujeres, en muchos casos, todavía relegadas al hogar.

En colaboración con agencias públicas y con el apoyo de la Unión Europea, en 2007 Agrogüejar consiguió que se erradicaran voluntariamente más de dos mil hectáreas de cultivos de coca y se asignaran más de setecientos títulos de propiedad campesina. A pesar de las dificultades y los fallos, gracias a la gestión de la asociación y los aportes de entidades internacionales y nacionales, las condiciones en la región mejoraron notablemente.

Iniciativas de desarrollo y paz

Casas vacías y campos abandonados forman parte del paisaje que atravieso cada día para entrevistar líderes o participar en reuniones. Desde que se abandonó el cultivo de la coca, la mayoría de jóvenes se fueron de la región en busca de nuevas oportunidades. Sobrevivir de la agricultura en un área tan aislada es un reto debido a los costos de transporte y los precios bajos de mercado en las ciudades cercanas. La mayoría siembra pasto porque el ganado tiene mejor precio y es más fácil moverlo a la ciudad; «las vacas caminan, el maíz no», me dice un campesino. Sin embargo, al necesitar grandes espacios y con los crecientes problemas de escasez de agua, la ganadería extensiva ya está mostrando su insostenibilidad.

Esta fragilidad de la economía campesina se está manifestando otra vez en la presente pandemia. Aunque las condiciones de aislamiento probablemente hayan contribuido a la falta de contagios en la región, las consecuencias económicas



Francesco Facchini
Investigador

Jeromo Aguado



ABONADOS CON POETAS

RESEÑA DEL LIBRO DIOSSES, RUINAS, SEMILLAS Y CANCIONES DE HÉCTOR CASTRILLEJO. PUNTO ROJO LIBROS, 2020

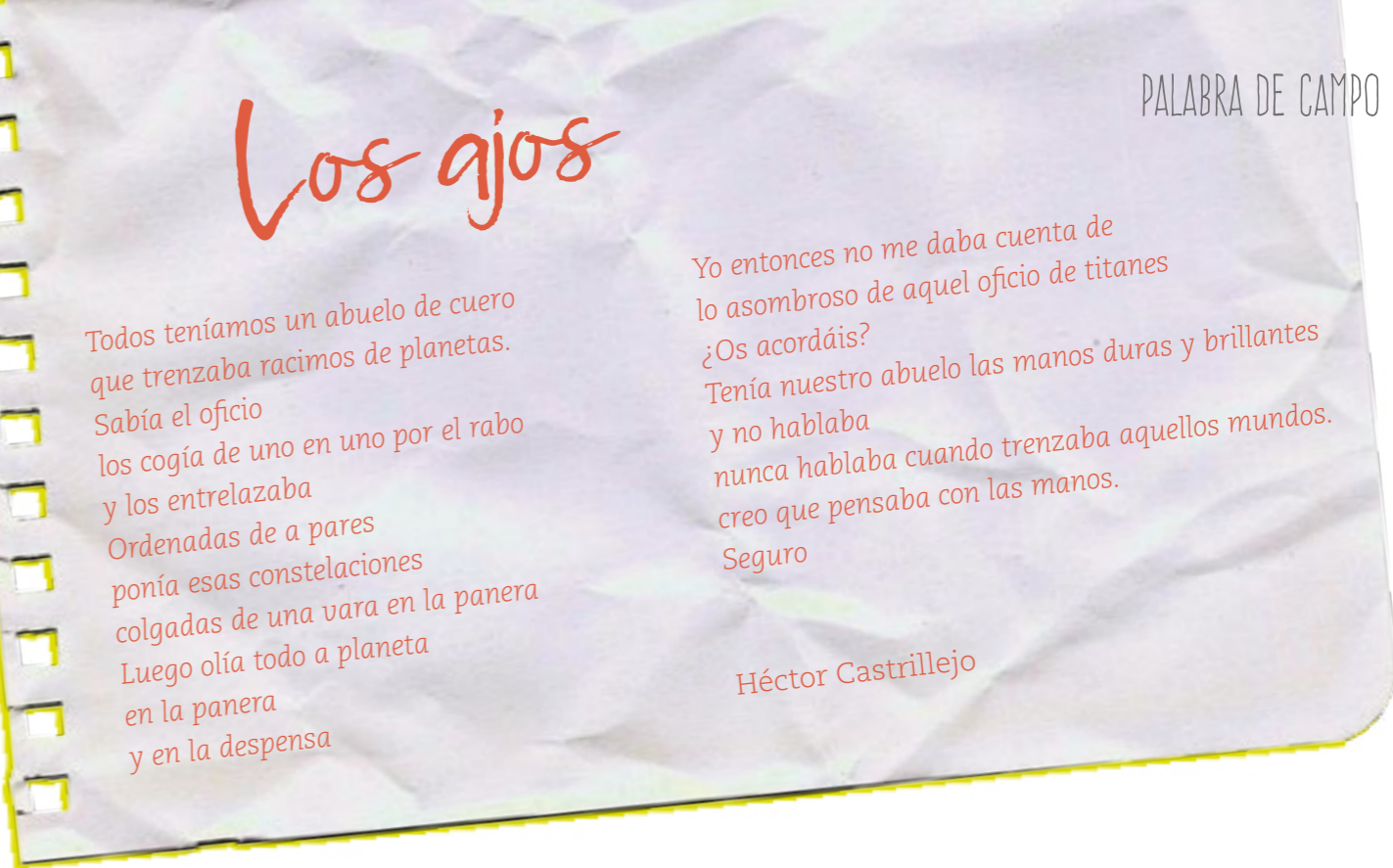
Una crisis global pone en riesgo la vida de la especie humana en la casa donde encontró cobijo durante miles de años. La imprudencia de sus propias actuaciones sobre el espacio que le dio protección y comida ha conseguido poner en riesgo su propia existencia.

Conferencias y eventos internacionales muestran en sus declaraciones su preocupación, no sin antes desoír y desautorizar durante lustros voces del terruño entrenadas en la escucha de la madre tierra, que clama no más desprecio sobre ella.

La operación del ideario progresa, centrada en el crecimiento continuo, se está saldando con

un mundo de gordos y hambrientos, millones de seres humanos forzados a salir de sus comunidades para agrandar ciudades y vaciar pueblos, un ejército de personas dispuestas a vender su fuerza de trabajo a cambio de salarios míseros, una cultura generadora de sueños consumistas inalcanzables para la mayoría de la población, una quiebra de los valores humanos expresados en agredir los ecosistemas que mantienen la vida, una sociedad enferma que prima al más fuerte y asesina a sus mujeres.

Muchos años han transcurrido para reconocer y anunciar que los pueblos originarios, un



Los ojos

Todos teníamos un abuelo de cuero
que trenzaba racimos de planetas.
Sabía el oficio
los cogía de uno en uno por el rabo
y los entrelazaba
Ordenadas de a pares
ponía esas constelaciones
colgadas de una vara en la panera
Luego olía todo a planeta
en la panera
y en la despensa

Yo entonces no me daba cuenta de
lo asombroso de aquel oficio de titanes
¿Os acordáis?
Tenía nuestro abuelo las manos duras y brillantes
y no hablaba
nunca hablaba cuando trenzaba aquellos mundos.
creo que pensaba con las manos.
Seguro

Héctor Castrillejo

minúsculo porcentaje de la población mundial que renunció al progreso negándose a salir de sus hábitats y sus formas de vida ancestral, tienen algunas claves para salvar el planeta. Lo reconocen organismos como las Naciones Unidas, pero el anuncio tiene poco alcance, nadie lo quiere oír. ¿Vivir como las comunidades indígenas o campesinas que han mantenido sano el pulmón del que dependemos para poder respirar en la tierra en el siglo veintiuno? ¡No, gracias!

Sin ir tan lejos, aún tenemos el referente cercano de las comunidades campesinas, agrupadas en pequeños núcleos rurales, nuestros pueblos, para hacer placentera la vida dependiente del terruño que todos los días había que cuidar para sacar espigas que dieran pan, a veces mal reparado. Todo un arte de saber vivir con poco, para que otros y otras pudieran vivir, abrazando la tierra, sostenido en formas de vida sobrias, sencillas, lentas, menos individualistas; formas de vida necesarias para la existencia de generaciones presentes y futuras, pero a punto de fenecer al tratarlas de inútiles desde la cultura occidental.

La utilidad de lo inútil, proclama el profesor italiano Nuccio Ordine en su manifiesto, es lo que nos puede salvar:

Por eso los verdaderos poetas saben bien que la poesía solo puede cultivarse lejos del cálculo y la prisa. «Ser artista, confiesa Rainer Maria Rilke en un pasaje de *Cartas a un joven poeta*, quiere decir no calcular ni contar: madurar como el árbol, que no apremia a su savia,

y se yergue confiado en las tormentas de primavera, sin miedo a que detrás pudiera no venir el verano». Los versos no se someten a la lógica de la precipitación y lo útil. Al contrario, a veces, como sugiere el Cyrano de Edmon Rostan en las frases finales de la *pièce*, lo inútil es necesario para hacer que cualquier cosa sea bella:

¿Qué decís? ¿Que es inútil? Ya lo daba por hecho.
Pero nadie se bate para sacar provecho.
No, lo noble, lo hermoso es batirse por nada.

Héctor Castrillejo se ha batido por nada y por eso sus dioses, sus ruinas, sus semillas y sus canciones están cargadas de hermosura noble. Su poesía crece entre espacios abandonados para llevarnos a tiempos no muy lejanos, profundiza en raíces que invernan, restaura la dignidad de los enterrados en cunetas por soñar con tierra y libertad, pone en valor lo que el mercado desprecia, rescata vivencias sencillas que dieron felicidad a la gente de pueblo, anuncia los precipicios donde el ser humano puede caer, clama por la justicia para con los desheredados y las desheredadas de la tierra, y sube a los altares al vino que ayuda a festejar.

El futuro nacerá de gente que viva con orgullo en los pueblos, restauradores y restauradoras de culturas ancestrales, campesinos y campesinas que cuiden la tierra y custodien las semillas, soberanías alimentarias y de la alegría, panes compartidos del trigo producido en campos abonados por poetas. ●

Jeromo Aguado

PALABRA DE CAMPO

Tormenta miercolina, tormenta de nueve días

Luismi Galán

En el pilón de Boya (Zamora) apareció una veterana pastora del lugar y me dio conversación, y yo me di prestado a ella. No recuerdo su nombre, pero sí recuerdo perfectamente su imagen. Llevaba el delantal como mi abuela, un pañuelo en la cabeza y arrugas que podrían contar mil y una historias, y acudió allí para llenar una garrafa en la fuente, quizás para regar las plantas de la puerta de su casa. Venía con ganas de hablar, normal en un pueblo con 40 habitantes donde el mayor ruido lo hacían aquella tarde de octubre los primeros berrios de los ciervos.

Rápidamente me preguntó que si venía a ver "al lobo", en singular, yo contesté que sí y ahí arrancó un largo desacuerdo sin final a la vista. Ella aplicaba al lobo maldades, así que intercambiamos entremedias otras conversaciones como cuando se sembraban grandes extensiones de patatas antes de que se repoblara la zona de pinares, o el daño que en algunos aspectos hizo a las zonas rurales, según defendía ella, la entrada en la Unión Europea. También me contó que fue entrevistada en la tele una vez que cuidaba del rebaño junto a la carretera, hará 18 o 20 años, o que se sacó el carné a los 55 años.

Pero además hubo tiempo para contarme historias del lobo y cosas bonitas de su oficio, que está en vías de extinción, ahogado por un sistema capitalista y agroalimentario industrial. Me regaló un refrán del lugar que dice: «Tormenta miercolina, tormenta de nueve días», porque parece ser que antiguamente llovía hasta 9 días seguidos y caían buenas nevadas. Me contó que allí, en Boya, tenían un rebaño entre todo el vecindario, que cada casa guardaba una o dos ovejas y que ella era una de las que lo pastoreaba. De esa manera, cumplía una

función ecológica que contribuía al buen estado del monte y de la biodiversidad, tenían el mejor cortafuego del mundo y alimentos de primera calidad. Y al llegar cada día a su ocaso, el rebaño volvía al pueblo, se dispersaba y cada oveja acudía tranquilamente a su casa. Ahora al atardecer ya solo regresa a su casa algún que otro perro que campa a sus anchas por las calles de un pueblo que en otros tiempos estaba lleno de vidas que cuidaban la tierra y se alimentaban de ella. La señora decía que mantuvo hasta bien avanzada edad, ya jubilada, un pequeño rebaño para seguir saliendo al campo, porque toda su vida había sido ese rebaño y esa tierra.

Y al final eché cerca de dos horas con ella, entre debates de lobo vivo y lobo muerto, de cómo ha cambiado el mundo rural y de cómo se sienten abandonadas por la sucesión de gobiernos regionales, estatales y europeos. Pero quiero lanzar un aliento de optimismo para que pueblos como Boya se vuelvan a llenar de manos que cuiden la tierra y que continúen la cadena de sabiduría que tienen señoras como nuestra protagonista antes de que se baje la última persiana del pueblo y se extinga toda una cultura y conocimientos de la tierra.

Luismi Galán

Estudiante de Arte Dramático, ecologista, aficionado a la montaña que usa la escritura como refugio y habitante del Valle del Tajuña en su parte madrileña.

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.

Una forma de colaborar es mediante una suscripción anual mínima de 35 € a cambio de la revista en papel. Además, te enviaremos de regalo un número de la hemeroteca. ¡Elige cuál te apetece leer! Pero hay más formas de apoyar este proyecto:



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Sólo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista en papel, accede a ofertas, participa en las asambleas y colabora en las decisiones del proyecto

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web: www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

REGALA LA REVISTA



www.soberaniaalimentaria.info/regala

